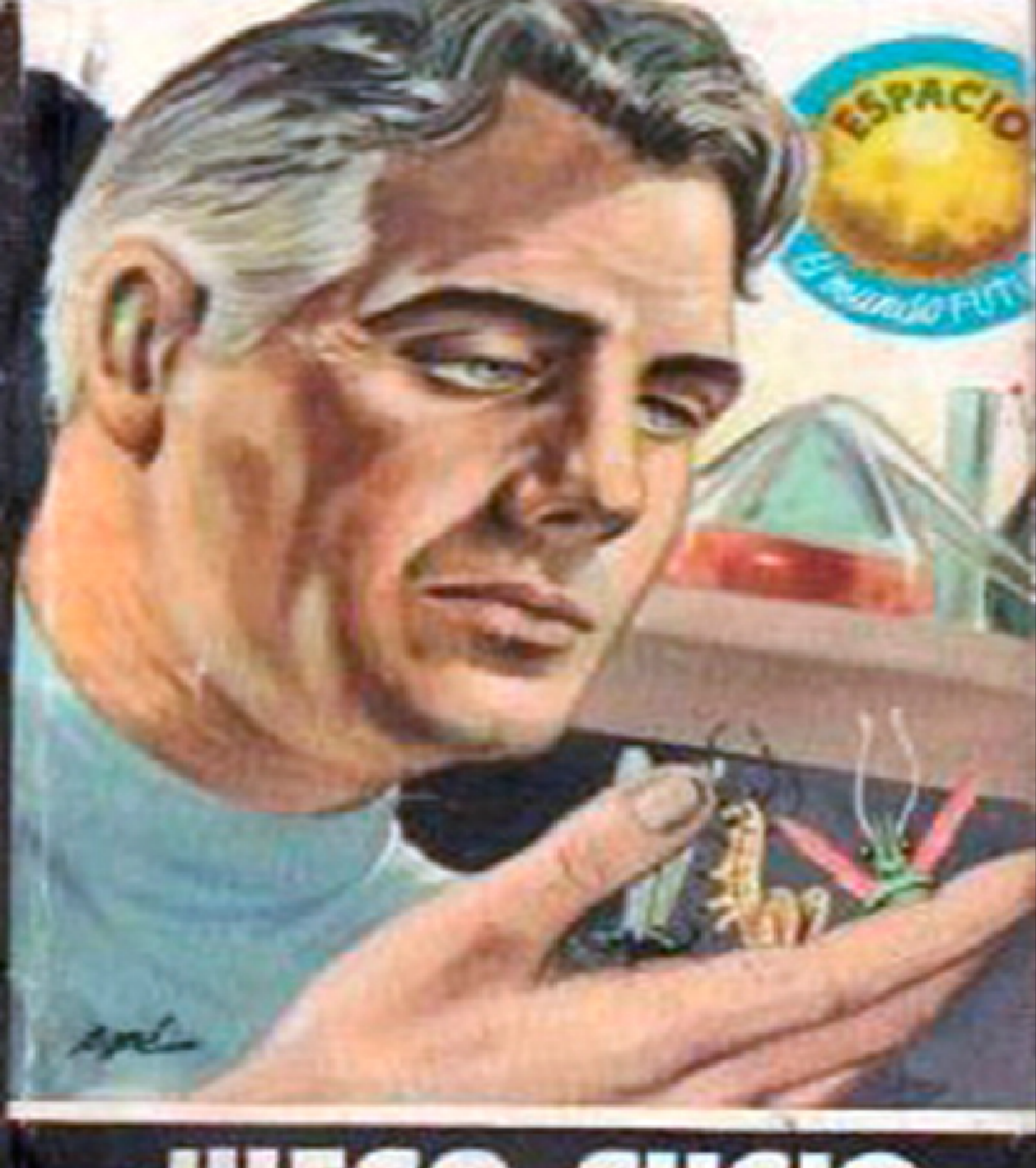


JUEGO SUCIO

LAW SPACE

Juego sucio

Law Space

Espacio el Mundo Futuro/215

CAPÍTULO I

Con mirada experta, Johan repasó los cuadros de mando en los que las agujas temblaban, como movidas por una impalpable brisa que sólo ellas pudieran experimentar.

Le bastó una sola ojeada para, con uno de esos reflejos profesionales, que son mucho más seguros que nada, percatarse de que todo iba normalmente. Y una sonrisa de satisfacción afloró a sus labios, al tiempo que sentía que aquella vez la alegría era más sincera, mucho más honda que en los viajes anteriores.

Abandonaba la sala de mandos cuando, al salir al pasillo, se tropezó casi con Sander Hilman, el hombre que iba a sustituirle y con el que había viajado por espacio de cinco años, los últimos cinco años de los quince que él, Johan Stonefield, llevaba moviéndose por el espacio.

—¿Todo bien, Johan? — inquirió el otro, por decir algo.

—Sí. Todo bien.

Hubo una breve pausa, como si los dos hombres no tuvieran nada más que decirse; pero Sander, cogiendo del brazo al otro, propuso:

—¿Tomamos una copa?

—Como quieras.

Recorrieron unas cuantas yardas de pasillo limpio, con brillos

metálicos, sin ningún ojo de buey que dejase ver el espacio que rodeaba a la nave, dando la impresión de que navegaban en un submarino. Después, torciendo a la derecha, penetraron en una salita coquetona, dentro de las severas líneas de la decoración general,

Al fondo había un mueble bar.

Johan se dejó caer en uno de los sillones y encendió un cigarrillo; mientras Sander fue hacia el mueble y preparó las bebidas. Luego regresó junto a su amigo, tendiéndole la copa donde un licor ambarino brillaba con mil reflejos.

—¿Estás deseando llegar? —preguntó, dejándose caer a su vez en un asiento vecino.

Johan no contestó en seguida.

Después de haber dejado el cigarrillo sobre el canal del dorado cenicero que había sobre la mesa, se llevó la copa a los labios, sorbiendo un poco, sin ruido.

Había entornado los párpados y algo así como una sonrisa invisible daba a su rostro una expresión de hondo gozo, como si un halo le envolviese por completo.

Tardó bastante en levantar la cara, mirando a su amigo, sin que aquella aureola le abandonase.

—Sí —dijo por fin —, tengo muchas ganas de llegar.

Y como si todo aquello necesitase una explicación, comentó:

—Quince años son mucho tiempo, Sander; muchísimo tiempo. Demasiado, podría decirse.

Hizo una pausa; luego con un tono más humano en la voz dijo:

—Cuando miro las fotos que tengo en mi cabina, sobre todo aquéllas en las que me veo tomar posesión del mando de esta nave, me doy cuenta de la transformación que he sufrido…

—Creo que exageras.

—No. Cambia uno mucho en quince años, cuando éstos se pasan lejos de lo que uno ama. Ya sabes qué vida ha sido la nuestra… y será la tuya. Si hubiésemos sido lo bastante importantes como para conseguir una línea que pasase en cada viaje por la Tierra, las cosas hubieran

sido muy distintas. Pero hemos pertenecido, y pertenecemos, a una línea exterior, cuyas naves no se posan en nuestro planeta más que una vez cada quince años.

—También ganamos más que los otros.

—Esa fue la causa —dijo Johan, con una triste sonrisa- de que yo me decidiese por un empleo como el nuestro. ¡Maldito dinero! Es tremendo que una cosa tan intrascendente como ésa pueda convencernos para hacer cosas que jamás debimos hacer.

—¿Por ejemplo?

—¡Abandonar a los nuestros! ¿Sabes lo que significa haber visto a tu mujer tres veces en quince años? ¿No es inhumano? ¿Merecía ella un trato semejante? ¡Y todo por el dinero, por el magnífico sueldo, por las dietas de viaje, por ese veneno que te hace pensar, idiota de uno, que vas a retirarte con una pequeña fortuna!

—¿Es que tú no has logrado esa... pequeña fortuna?

Johan asintió:

—Sí, la he logrado. Alida y yo compramos, hace cinco años, una de las más hermosas propiedades de California, un verdadero Edén.

—¿Entonces?

El tono de la voz de Johan se hizo, al mismo tiempo, amargo y un tanto cínico.

—¡Ya sé lo que vas a decir! Estás pensando que soy un idiota al arrepentirme de todo lo que he hecho. Es claro que me imaginas sentado en una de las terrazas de esa linda propiedad, sin preocupaciones de ninguna clase, pudiendo esperar la muerte, sin que nada venga a molestar mi paradisíaca tranquilidad, mi sublime nirvana. ¿No es eso?

—Sí. ¿De qué puedes quejarte, Johan? Has sufrido y trabajado durante estos tres lustros, es verdad, pero ahora regresas a la Tierra, donde te espera la recompensa a todos los malos momentos que hayas pasado antes.

—¿Lo crees así... sinceramente?

-¡Claro!

Johan torció el gesto. —Sin embargo —dijo—, tú tienes también una esposa en la Tierra.

—¿Y qué?

Hubo un temblor colérico en las manos de Johan Stonefield; cólera que luego pareció subírsele a los ojos, cuyas pupilas adquirieron un brillo especial

—¡Parece mentira! —exclamó—. Parece mentira que no te des cuenta de lo que como sufrimiento puede esperarnos después del retiro. ¡Que poca imaginación, Sander!

—Pero, ¿por qué? —se amoscó el otro—. ¡Explícate de una vez!

—Es sencillo, elemental, amigo mío. Yo me veo, como tú también me ves, en esa terraza, plácidamente tendido en una hamaca, disfrutando de todo lo que es mío gracias a quince años de esfuerzo...

»Sí, estaré con los ojos cerrados, dejando que la brisa marina Siegue hasta mí, trayéndome los aromas y los efluvios de los mares que hubiese deseado conocer... porque yo, de pequeño, quería ser marino.

—Bueno ¿y eso que tiene que ver...?

—Verás; mientras permanezca con los ojos cerrados y aleje de mi mente todo lo real, podrá parecerme, incluso a mí mismo, que he logrado lo que durante mucho tiempo he ansiado. Pero en el momento en que abra los ojos... y la vea...

—¿A quién?

—¡A Alida, pedazo de estúpido! ¡A mi mujer! Porque la veré, a mi lado, sentada en otra butaca, cerca de mí, mirándome e intentando, con una pobre sonrisa, impedir, por cualquier medio, que yo me percate de lo que ella piensa... y que será precisamente lo que estaré pensando.

Hizo una pausa y aplastó el cigarrillo sobre la dorada superficie del cenicero.

Después siguió. —Y yo me daré cuenta de que ella piensa, como yo, en todos los años, quince en total, en que hemos estado alejados, como dos desconocidos que no viven más que de un vago recuerdo, sin ese sabor de boca que deja la convivencia y el amor... Y nos daremos cuenta de que todas las comodidades, de que todo cuanto nos rodea

carece de valor y que lo cambiaríamos, sin la menor duda, por otra vida, en la que hubiésemos permanecido Juntos, como cualquier matrimonio vulgar, sin necesidad de que el marido fuera un «héroe de los espacios galácticos» y la mujer una mártir de un hogar vacío, frío y desolado, como un anticipo de tumba.

—No debes pensar así.

—¿Y cómo quieres que lo haga?

—¡Te estás haciendo mucho daño, Johan! ¡De verdad!

—Ya lo sé… pero no puedo evitarlo. Siempre miré hacia la realidad, aun en los momentos en que la codicia me cegaba. He intentado engañarme y a lo largo de muchos viajes me convencía, o quería convencerme, de que gozaba contemplando las fotos de mi «finca», que Alida me enviaba a medida que los trabajos se iban haciendo… En aquella actitud había lo que los hombres corrientes hubiesen considerado como un orgullo legítimo, como el producto de un esfuerzo loable desde todos los puntos de vista…

Terminó de beber el contenido del vaso y encendió otro cigarrillo. Después preguntó:

—¿No te das cuenta de lo que cometemos, por estupidez y ambición? Sacrificamos una vida, destrozamos el contenido de ésta y esperamos, luego, gozar de algo tan ficticio como lo que nos ha empujado a errar, lejos de lo que amamos, durante toda la existencia. En una palabra; que hemos destrozado los mejores años de nuestra vida.

Sander se dio cuenta —se había dado cuenta casi desde el principio— de las dolorosas verdades que había expresado su amigo. Y sintiéndolas como suyas, sabiendo que su vida iba a ser una copia de la de Stonefield, se rebeló, quizá por piedad hacia el otro o, por conmiseración hacia sí mismo. E hizo un esfuerzo doloroso para cambiar el rumbo de la conversación. Así, después de la pausa que siguió a las últimas palabras de Johan, preguntó:

—¿Has oído hablar de la nueva locura de los prospectores de la Tierra?

—No. ¿Qué buscan ahora?

—«Torkonio».

—¿Qué es eso?

—Una forma enriquecida de uranio. Según he oído decir, basta un gramo de «torkonio» para producir una energía de liberación para la que serían necesarios cien kilos de uranio.

—Muy interesante.

—Más que eso, revolucionario. ¿Te imaginas lo que ocurrirá con los motores de las astronaves con esa nueva sustancia?

—Sí. Tendrán que modificarse por completo.

—¡Y tan por completo! Actualmente, las pilas atómicas y los equipos de transformadores ocupan, por lo menos, una sexta parte del volumen de los astronavíos. Con el «torkonio» será suficiente el espacio de una caja de caudales corriente, que será el sitio que ocupará el motor. Y según he leído, la actividad de desintegración de esa nueva sustancia produce una energía de liberación mil veces más rápida que la mezcla usada hasta ahora.

—¿Han encontrado mucho ya?

—Muy poco. Mi esposa me desea en la última carta que hay una verdadera locura colectiva y que los prospectores lo recorren todo con sus contadores «Geiger» modificados, ya que han de ser extremadamente sensibles para detectar esa nueva sustancia.

Y como Johan no hiciese comentario alguno, dijo:

—¡Imagínate! Un kilo de «torkonio» puede alcanzar un precio cercano a los doscientos millones de dólares.

Stonefield sonrió,

—Sí, ya comprendo —dijo, con un tono de amargura en la voz—. Si uno de esos buscadores tiene la suerte de encontrar medio kilo, habrá conseguido, en poco tiempo, cien veces más que nosotros en quince, años de sacrificios, ahorrando centavo a centavo.

—No irás a tener envidia, ¿verdad?

—No, Sander; no es envidia, sino espíritu de justicia. Lo que me causa horror es la desproporción del esfuerzo que unos necesitan, comparado al de otros.

—¡No te pierdas en filosofía barata!

Intentaba alejar de su amigo aquella especie de atracción particular

que los problemas de la existencia parecían plantearle.

—Y hablando de otra cosa. ¿Qué encontraste en el P-654 de «O-micrón»?

«O-micrón» era el Sistema donde las naves a las que pertenecían realizaban su servicio corriente. Una vez salidas de la Tierra, utilizaban el hiperespacio para abandonar el Sistema Solar. Y así se trasladaban a aquella lejana constelación donde el hombre empezaba a colonizar los innúmeros planetas que rodeaban á un sol triple, lleno de vigor y capaz de ofrecer a la Humanidad un mundo como el que nunca se atrevió a soñar.

Por el momento, sólo algunos equipos de aventureros se habían trasladado allí, pero estaba claro y era fácil presumir el formidable desarrollo de aquellos mundos, cuya atmósfera era perfectamente respirable y cuyo suelo ofrecía una generosa base a los cultivos de todas las especies, lográndose cosechas verdaderamente fabulosas.

Johan, como perteneciente a uno de los equipos más antiguos, había viajado en una nave espacial, reconociendo los mundos iluminados por la triple estrella.

Y uno de los que había visto antes de formar equipo con Sander era el P-654, nombre astronómico de algo que tendría uno propio más tarde.

Como si mirase a la lejanía, Stonefield entornó los ojos. Luego comentó;

—Era un planeta pequeño, con una fuerza de gravedad mucho menor que la normal para nosotros ¡pero era delicioso y tenía de todo! ¡Cuánto me hubiera gustado el poder instalarme allí, junto a mi esposa!

—¿Tan bonito era?

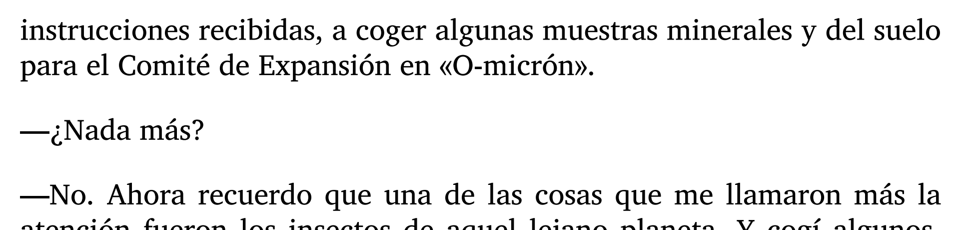
—Precioso.

Y después de una nueva pausa, dijo:

—Tenía de todo, en pequeño... plantas exóticas, árboles frutales, arroyos deliciosos, mesetas llenas de verdura... ¡Un verdadero paraíso!

—¿No trajiste nada de allí?

—¡Me lo hubiese traído todo! Pero me limité, siguiendo las



instrucciones recibidas, a coger algunas muestras minerales y del suelo para el Comité de Expansión en «O-micrón».

—¿Nada más?

—No. Ahora recuerdo que una de las cosas que me llamaron más la atención fueron los insectos de aquel lejano planeta. Y cogí algunos, que metí en una caja de cristal donde deben estar aún, ya que quería llevárselos a Alida, pero olvidé sacarlos de mi casa, en «O-micrón», cuando hice el último viaje a la Tierra.

—Yo también he llevado a casa muchas cosas curiosas; minerales casi todos.

—Se comprende. Lo de los insectos fue un capricho... y Dios sabe cómo estarán ya. Seguramente se habrán estropeado.

—¿Podré visitarte cuando lleguemos a la Tierra?

—¿Por qué me haces esa pregunta, Sander?

El otro enrojeció un tanto.

Luego, tras morderse las uñas, como si buscase la manera de encontrar las palabras adecuadas que necesitaba, empezó a decir titubeando:

—Verás... yo... en fin, querría que Lydia conociese tu finca. Como tú, y a pesar de todo lo que has dicho antes, desearía comprar, cuando pueda, una propiedad para Lydia y los chicos.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Tres.

Johan sonrió débilmente.

—Quizá tengas razón, Sander. Tu problema es muy distinto al mío.

—¿Por qué?

—Porque tu esposa no se ha quedado sola... nosotros no tuvimos hijos y la cosa cambia mucho.

—Serás feliz; te lo aseguro.

—Haré lo posible, por lo menos para que ella lo sea. Y, si siento la inutilidad de esta horrenda separación, procuraré que Alida no sepa

nada de lo que ahora pienso…

—¡Ya verás como te serenarás, Johan! Todo esto que piensas ahora es quizá la amargura que te produce el no haber estado más tiempo al lado de tu mujer. ¿Crees acaso que no me pasa a mí lo mismo? Pero están ellos, los pequeños, para cuyo bien todos los sacrificios son pocos; es la Ley de la vida y es inútil oponerse a ella.

—Puede que tengas razón.

Se levantó y fue imitado por el otro.

Abandonaron la salita y se dirigieron hacia la Sala de Mando.

El oficial de servicio estaba allí, junto a los aparatos. Al verlos entrar, les saludó, dirigiéndose después a Stonefield:

—Sin novedad en el salto hiperespacial, señor.

—¿Dónde hemos salido?

—A un millón de millas de la órbita de Marte. Ahora nos dirigimos hacia la Tierra a velocidad de crucero.

—Bien. Ponga el telerradar en marcha.

—Sí, señor.

Una enorme pantalla, que ocupaba todo el muro de la parte posterior de la sala, se iluminó, dejando ver una amplia porción de espacio estrellado.

Johan se acercó al aparato y pulsó los botones que iban a enfocar en el centro al planeta hacia el que se dirigían.

Y cuando vio brillar aquel punto minúsculo, en el centro de la pantalla, su corazón latió más aprisa.

—¡La Tierra!

Todo lo que aquel regreso definitivo significaba para él cobró vida en su mente. Y sonriendo, despreciando cuanto había dicho a Sander, se volvió a su amigo diciendo:

—¡Soy muy feliz, Hilman! ¡De veras!

Este le cogió por el brazo, apretándole con efusión.

Y no fue preciso que ni uno ni otro dijesen nada: una especie de comunicación —que era a la vez comunicación de ideas y de sentimientos— pasó por ellos, inundándoles de ese gozo que ha producido, produce y producirá siempre el regreso, sea desde la dimensión estrecha del mar o desde la infinita extensión de los espacios siderales...

CAPÍTULO II

El helibús volaba muy bajo. Era de tipo moderno e iba pintado de rojo brillante. El hombre que estaba labrando, fuera de la línea, con un «multirrotor», levantó la cabeza, siguiendo con curiosidad las caprichosas evoluciones del aparato.

¿Caprichosas evoluciones?

Lo eran aparentemente; pero para Ward, que lo pilotaba, todos aquellos movimientos seguían las instrucciones de Archer que, con el conductor en la mano, era el que realmente guiaba el helibús.

Harold Budds se limitaba a mirar.

Era alto, ancho de hombros, de constitución robusta y rostro oscuro, con un par de ojos de mirada aguda y una nariz prominente que hubiera sido cómica en otro que no fuera él.

Las abultadas mejillas le daban un aspecto de perro de presa. Y eso era; un hombre de presa que había sabido ganar su colosal fortuna con los puños, pero no en el sentido general que se da a esta imagen, sino golpeando con ellos, derribando con violencia cruel cuanto se le oponía.

—¿Hay algo? —inquirió escuetamente al cabo de un rato.

Ormond Archer, el del contador «Geiger», modificado últimamente para hacerlo más sensible a las radiaciones, movió la cabeza, de un lado para otro, denegando. Después dijo:

—No, pero no debes estar impaciente. Yo vi algo por aquí y lo encontraremos.

Archer era un hombre delgado, enjuto, huesudo. Su altura, casi como la de Harold, le hacía parecer aún mucho más delgado de lo que era.

En cuanto al tercero, el piloto del helibús, John Ward, era el de aspecto más normal y hubiera servido de prototipo para la clásica imagen del «hombre medio», del hombre de la calle, de ése que se confunde con todos y cuyo aspecto suele pasar inadvertido en cualquier ocasión.

—¿Estás seguro de que era por aquí?

—Sí —repuso Archer—. Recuerdo precisamente esa finca que se ve ahí abajo, a la derecha. Yo volaba mucho más alto que ahora y no pude precisar exactamente el lugar donde las vibraciones del contador eran más intensas. Además —y torció el cuesto en una mueca de desagrado—, aquel día estaba el cielo nuboso y no pude conseguir, ni con el radar, una imagen concreta del sitio…

Hizo una pausa.

Después, con un tono de convencimiento en la voz, afirmó:

—Pero era por aquí; de eso estoy seguro.

El piloto se volvió a medias.

Y con una sonrisa inquirió:

—¿Queréis que baje un poco más?

—Sí —repuso Ormond—, pero con cuidado no vayas a estrellarnos con cualquier árbol.

—No temas, inteligente. Sé lo que me hago.

El aparato siguió evolucionando, ahora más bajo que nunca, rozando, tal y como los temores de Archer lo precisaban, las copas de algunos árboles.

Pero ni Ormond ni Budds prestaban atención al interior: los dos pares de ojos estaban como clavados en el dial del contador, pendientes de la aguja, delgada y larga que, por el momento, permanecía en una inmovilidad desesperante.

Harold fruncía el entrecejo, mientras calculaba mentalmente lo que le iba a costar aquel viaje, si no lograba nada. Era la decimotercera intentona en busca de aquel maldito «torkonio» que no aparecía por

parte alguna.

Claro que aquello era casi tan apasionante como la pesca y se necesitaba, en efecto, una paciencia de pescador profesional para esperar, tendido en el aire el invisible hilo de las vibraciones del aparato, como un anzuelo fantástico que no esperase más que el momento de «coger» algo.

—¿Crees que sería prudente pasar sobre la finca? —inquirió John en aquel momento.

Budds levantó la cabeza, mirando al piloto; luego, con el entrecejo fruncido, se volvió hacia Archer.

—¿Qué te parece?

Los ojos pardos de Ormond abandonaron el dial y se clavaron en los del hombre:

—¿No está prohibido, sin autorización alguna, sobrevolar a esta altura las propiedades particulares?

Harold se encogió de hombros.

Después, tras un gruñido, dijo:

—¿Sabes lo que nos hubiera costado pedir un permiso para todo eso? ¡Adelante, John! Sobrevuela esa finca; luego, a mediodía, bajaremos a pedir excusas a sus habitantes… que quizá nos inviten a un trago.

Y sonrió, encantado de la nota de humor que había cerrado su frase.

Obedeciendo las instrucciones que acababa de recibir, Ward impulsó el aparato hacia la zona de bosque cuidado que rodeaba la hermosa finca sobre la que volaban.

No habían penetrado más de cien yardas, cuando Archer, con un rugido, llamó la atención de los otros.

—¡Vibra! ¡Vibra! —exclamó—. ¡La aguja se mueve!

Hasta el piloto se volvió, echando una ojeada al dial del aparato.

En efecto, la aguja oscilaba, lenta pero seguramente.

—¿Os dais cuenta de que no me había equivocado? —inquirió Archer, con un tono de triunfo en la voz.

—¡Sigue recto! —ordenó Budds, dirigiéndose al piloto.

La intensidad de los movimientos de la aguja era cada vez mayor; hasta que, en las cercanías de la casa, llegó al máximo, marcando la cifra cien con su punta acerada.

Archer y Budds se miraron, con los ojos desmesuradamente abiertos, como si no dieran crédito a lo que veían.

—Es imposible… —balbució Harold—. Es imposible… ¿Marcha bien este contador, Ormond?

—¡Naturalmente!

—¿Estás seguro?

También y a pesar de la seguridad que tenía en el aparato, Archer no tenía más remedio que dudar: una duda especial, ambigua, nacida de la incomprensión que había nacido al ver la marca «cien», sobre la que parecía que la aguja del contador se hubiera clavado.

¡Cien!

Aquello significaba, sencillamente, que la cantidad de «torkonio» situada bajo el suelo de aquella finca era muchísimo mayor de todo lo que podía concebirse»

—…puede ser que haya hasta diez kilos… —musitó Archer, con los ojos brillantes.

La cifra asustó a Budds.

—¿Estás loco? ¿Sabes lo que has dicho?

—Sí… diez kilos.

—¡Debes de haber perdido la cabeza! No creo que haya una cantidad así en todo el planeta.

—Si la cantidad fuera inferior, la aguja no llegaría hasta el «cien». Es el tope, ya lo sabes.

—Sí.

Hubo una pausa.

El helibús había pasado ya sobre la casa y sus ocupantes vieron una

figura blanca a la puerta, junto a la hermosa escalinata.

Budds gruñó por lo bajo:

—¿Os imagináis que el tipo que es dueño de todo esto supiese...?

Y no dijo más, como si las palabras pudieran ser oídas por el propietario de la hermosa finca.

La aguja descendía rápidamente y Ormond cerró el aparato, como si se tratase ya de algo inútil.

Después, mirando a Harold, inquirió:

—¿Qué piensas hacer?

Budds se pasó la lengua por los labios; después, sonriendo, dijo:

—Lo primero es bajar en el pueblo y tomarnos un buen trago; lo necesito de verdad.

—¿Y después?

—Ya lo discutiremos.

—Bien.

John, que había oído perfectamente lo que el jefe había dicho, cambió de rumbo, procurando salir cuanto antes del recinto de la finca y alejándose luego hacia el Este.

Diez minutos más tarde se posaban en la terraza de un edificio de once plantas, seguramente el hotel, el restaurante y el cine de la pequeña localidad.

El empleado que se hizo cargo del helibús les condujo al bar; un lugar tranquilo, apacible y desierto en aquellos momentos.

Tomaron asiento en una mesa, alejada del mostrador, de donde recogieron las consumiciones que el barman, un joven melancólico, con el oído pegado al altavoz de su aparato de música-televisión, escuchaba las últimas melodías, naturalmente sin imagen, ya que la pantalla se limitaba a ir cambiando de color, a medida de la intensidad de las notas.

Una vez sentados y tras haber bebido gran parte del contenido de sus altas copas de whisky, John dijo sonriente:

—¡Lo hemos conseguido, amigos!

—Sí —repuso Harold —, aunque queda lo más difícil.

—¿Tú crees? —intervino Ormond.

—Seguro. Esa finca es demasiado importante para pertenecer a un cualquiera. Y si vamos con la «embajada» de comprarla por capricho, el dueño, que no será precisamente un idiota, se olerá algo y, o se negará rotundamente, o nos pedirá una cifra astronómica.

—¿De quién podrá ser esa finca? — inquirió John.

—Eso puede saberse enseguida —repuso Archer—. ¿Por qué no se lo preguntamos al barman?

—No es mala idea.

Naturalmente, fue Budds quien se levantó, frunciendo el ceño al ver la cara de supina estupidez que, detrás del mostrador, ponía el adolescente, con el rostro pegado al altavoz,

Pero haciendo un supremo esfuerzo, Harold se acercó con un esbozo de sonrisa bastante adecuado a las circunstancias.

—¡Eh, joven!

El otro ni le miró. Y con los ojos entornados, en éxtasis idiota, preguntó:

—¿Qué quieren beber ahora?

Budds se dio cuenta de que no había más que un camino para lograr algo de aquel tipo. Y venciendo la repugnancia que le causaba aquella faz, en la que el acné juvenil ponía una granizada insolente, se acercó al altavoz,

—¡Qué delicia de música!

Aquellas palabras tuvieron el efecto mágico que el hombre esperaba de ellas. Y el barman, sonriente, lleno de alegría por encontrar a alguien que compartiese sus gustos, dijo:

—¡Este Bukiler es maravilloso! ¿No es verdad?

—Seguro. Tengo todos sus discos.

—¿De veras?

—De veras.

Se había establecido el necesario contacto entre ellos, aunque Harold debió esperar mucho más tiempo del que había imaginado para hacer la pregunta concreta.

—¿Sabes, amigo, quién es el dueño de esa hermosísima finca que hay al Oeste?

—¿Esa casa blanca rodeada de bosques?

—La misma.

El otro se encogió de hombros. Luego dijo:

—Es de un tal Stonefield; Johan Stonefield, creo que se llama.

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Es que no viene por aquí?

—No. Su mujer ha venido un par de veces a la sección de muebles, para comprar alguna cosa y luego ha subido a tomar algo.

—¿Y dónde está su marido?

—Es comandante de una nave espacial… de esos tipos que se pasan los años fuera —guiñó un ojo y con voz maliciosa dijo—: ¡Pero ha debido ganar una verdadera fortuna! ¡Esa finca vale un Potosí!

—Sí, ya lo he visto. ¿Quién vive allí ahora?

—Su mujer con algunos criados.

—¿Nadie más… de la familia?

—No.

—Gracias, amigo. ¡Y sigue oyendo esa música!

—Desde luego, señor.

—…así acabarás con lo poco de cerebro que te queda.

El barman lo miró, sonriente, hasta que, cuando ya casi Harold se sentaba, comprendió lo que el había dicho. Soltó unas palabrotas, pero una nueva melodía lloriqueante le hizo olvidar aquella incomprensión humana a la que ya se había ido acostumbrando.

Entretanto, Budds ponía en antecedentes a sus amigos.

—Muy bien, el asunto no será tan difícil como pensé en un principio.

Archer no dijo nada.

Poco después, terminadas sus consumiciones, alquilaban un coche con el que se dirigieron a la finca del astronauta, sobre cuya entrada leyeron su nombre: «RETORNO».

Cuando hubieron detenido el vehículo en el fondo del parque, junto a la escalinata, una criada les condujo a un hermoso «living», donde esperaron hasta que la dueña de la casa salió, con una sonrisa en los labios.

Debía frisar en los cincuenta, pero había en su porte y en su figura el esplendor de una belleza que debía haber sido magnífica. Vestida sencillamente, la ropa que llevaba no restaba ni un ápice a la elegancia de su figura; una silueta extraordinariamente armoniosa.

—Ustedes dirán… Pero, por favor, siéntense.

Obedecieron y Harold, que había sacado su pitillera de oro, sonriendo al ver que la dama denegaba el ofrecimiento.

—No fumo. Muchas gracias.

Y después de una pausa, Budds dijo: —Quiero, señora Stonefield, antes de nada, que tenga la amabilidad de perdonarnos.

Ella preguntó:

—¿Porqué?

—Por haber sobrevolado esta mañana su finca, sin su permiso.

La sonrisa se amplió en los labios de ella.

—¿Ah? —inquirió—. ¿Eran ustedes?

—Sí.

—Pues le aseguro que no tiene importancia. En realidad, si he de hablar con franqueza, me ha servido de distracción, ya que por aquí no suele ocurrir nada extraordinario, y las jornadas son, por demás, monótonas en extremo.

—¿De verdad que se aburre usted, señora, en esta maravillosa finca?

—Sí. Pero debe saber que mi esposo está fuera la mayor parte del tiempo, por no decir todo...

—Comprendo ahora.

Y después de un corto silencio, preguntó:

—¿Viaja su esposo, señora Stonefield?

—Mucho. Es comandante de la «Nova IV».

—¡Ah!

—Y si saben ustedes que ese tipo de naves está destinado a los viajes de lejanas galaxias, comprenderán la extensión de mi soledad.

—¡De verdad que es triste!

Ella asintió, pero una nueva sonrisa adornó su lindo rostro.

—De todos modos —dijo con un tono de voz impulsivo, como si no pudiese detener la alegría que la remozaba —, esta horrible soledad va a durar muy poco, ya que mi marido estará aquí, si todo va bien, dentro de un mes.

—¿Viene con permiso?

—¡Oh, no! Viene para quedarse para siempre, definitivamente; toma su retiro. ¿No es maravilloso?

—¡Naturalmente que debe serlo!

Miró a los otros.

Y con un gesto de hipócrita condolencia, dijo:

—Creo que no haremos nada, amigos míos.

Ella le miró con interés y curiosidad al mismo tiempo,

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió.

—Verá, señora Stonefield... nosotros veníamos con un deseo que, después de lo que acaba usted de decir, hasta nos parece monstruoso formular.

—Dígalo, de todos modos,

—Bien. Como usted quiera. Deseábamos comprar esta finca;

Ella rió, como si una cascada cristalina se hubiera roto en su garganta»

—¡Qué divertido! —exclamó—. ¡Bien se ve que no conocen a Johan!

—¿Su esposo?

—Sí. Ha trabajado quince años para darme todo esto — e hizo un gesto, señalando cuanto la rodeaba. ¿Cómo quiere usted que se desprenda de lo que considera, naturalmente, como un logro, el de toda su vida de esfuerzo y penalidades, alejado de mí...?

Budds asintió.

—Es lógico. Por eso decía antes a mis amigos, que perdíamos el tiempo. Claro que todo puede depender...

—¿Depender? —y ella frunció el entrecejo—. ¿De qué...?

—Del precio.

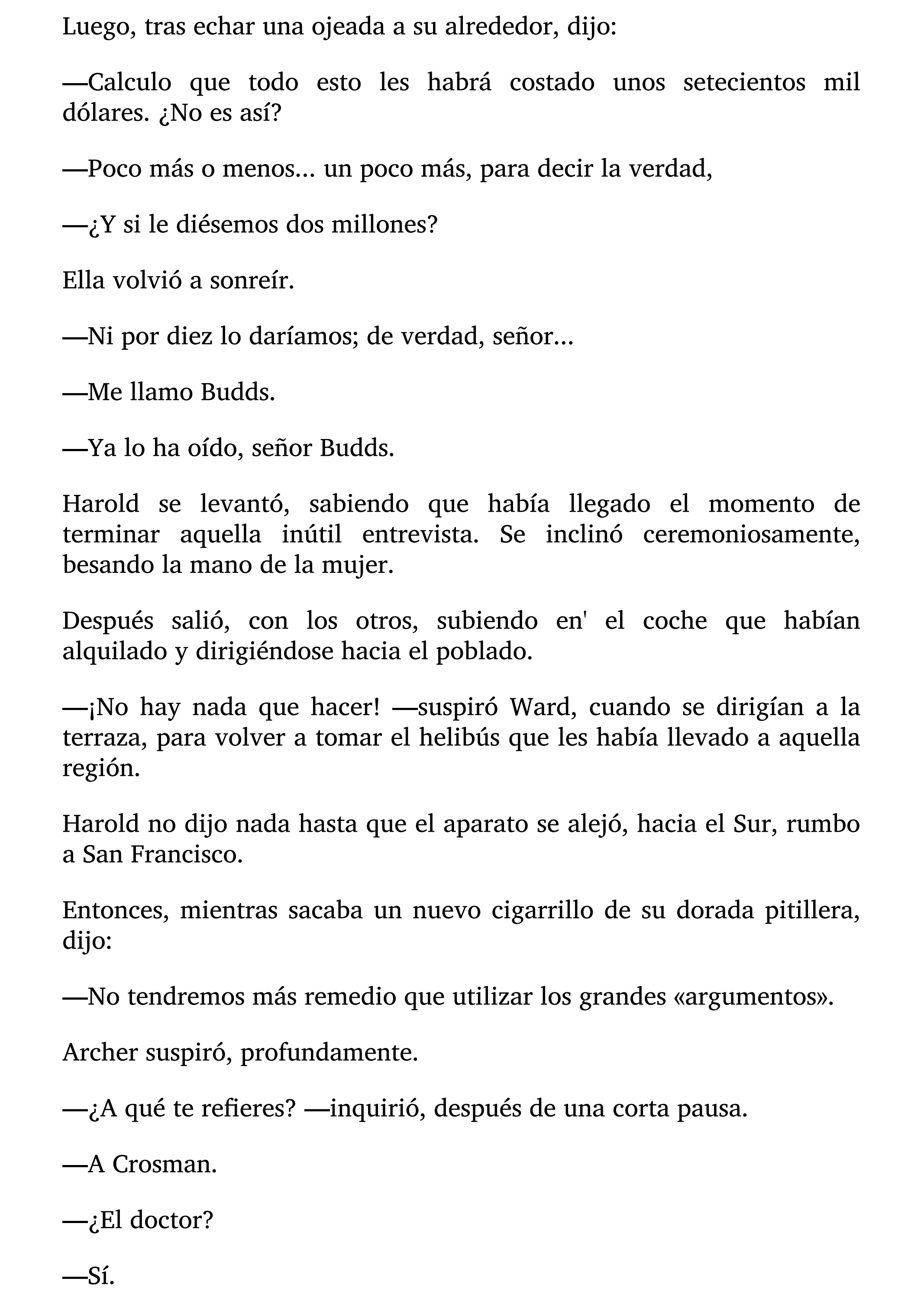
Volvió Alida a sonreír.

—Se equivoca, amigo mío. Hay cosas que no tienen precio..., y esto es una de ellas. Para Johan, estoy segura que no existirá precio que le decida a vender. Durante muchos años ha estado pendiente de mis noticias y de las fotos que le enviaba de «Retomo», riendo, como yo lo hacía, o llorando también, a medida que el sueño de los dos iba cobrando forma..» —su voz bajó una octava —. No tuvimos la suerte de tener hijos, y esta casa y cuanto contiene es como si fuese nuestro hijo.

—Comprendo.

—Por eso le dije que, si conociese a Johan, se darían cuenta de que lo que se proponen es imposible.

Harold se mordió los labios.



Luego, tras echar una ojeada a su alrededor, dijo:

—Calculo que todo esto les habrá costado unos setecientos mil dólares. ¿No es así?

—Poco más o menos… un poco más, para decir la verdad,

—¿Y si le diésemos dos millones?

Ella volvió a sonreír.

—Ni por diez lo daríamos; de verdad, señor…

—Me llamo Budds.

—Ya lo ha oído, señor Budds.

Harold se levantó, sabiendo que había llegado el momento de terminar aquella inútil entrevista. Se inclinó ceremoniosamente, besando la mano de la mujer.

Después salió, con los otros, subiendo en' el coche que habían alquilado y dirigiéndose hacia el poblado.

—¡No hay nada que hacer! —suspiró Ward, cuando se dirigían a la terraza, para volver a tomar el helibús que les había llevado a aquella región.

Harold no dijo nada hasta que el aparato se alejó, hacia el Sur, rumbo a San Francisco.

Entonces, mientras sacaba un nuevo cigarrillo de su dorada pitillera, dijo:

—No tendremos más remedio que utilizar los grandes «argumentos».

Archer suspiró, profundamente.

—¿A qué te refieres? —inquirió, después de una corta pausa.

—A Crosman.

—¿El doctor?

—Sí.

Ormond encendió el cigarrillo que el jefe fe había dado; después,

asintiendo con un gesto de cabeza, dijo:

—Creo que es lo mejor.

CAPÍTULO III

El coche iba acercándole a su casa. Johan había comprado el vehículo en Washington» con la idea de dar una alegría a Alida, ya que se trataba de un coche superlujoso, plurirreactor, de color azul, con todos los adelantos concebidos.

Al pasar por alguna población, Johan no podía evitar el echar una ojeada a alguno de los monumentales escaparates en los que se reflejaba la casi totalidad de su vehículo, haciéndole sonreír de placer. Detrás del coche, un enorme remolque, con todo su equipaje; los regalos que había comprado para su esposa y las cajas de objetos curiosos recogidos en sus viajes espaciales, prolongaba aún más la longitud disparatada del vehículo, haciéndole realizar difíciles maniobras en algunas ciudades por las que atravesaba.

Poco a poco, los recuerdos parecían despertarse a medida de lo que iba apareciendo a su alrededor: miles de detalles del paisaje que surgían, asociándose a un pasado que parecía hundido en lo más remoto del tiempo.

Sí, por aquel camino, por ejemplo, había paseado con Alida, yendo del brazo, en silencio, contando él, mentalmente, los días que faltaban para que acabase el permiso. Ella, por el contrario, parecía alegre, gozosa, dichosa hasta lo inconcebible.

Pero Johan sabía que, como él, Alida contaba cada segundo, desgranando el tiempo entre las manos de su alma, como si con cada instante se le fuese un latido, un poquitín de vida…

Sonrió.

Debía alejarse de aquel orden de ideas, pensar que todo aquello había acabado y que una nueva vida comenzaría en el momento en que tuviese a Alida entre sus brazos.

Así, cuando el vehículo enfocó con su poderosa proa el paseo que conducía a la verja abierta, cuando pasó bajo el nombre, en letras doradas, cuando siguió el camino cuidado, hacia la escalinata. Y cuando, por último, frenó junto a ella, balanceándose suavemente, Johan, supo que todo el pasado acababa de terminar en aquel preciso instante.

Le extrañó, eso sí, que no hubiese nadie, pero sus dudas terminaron en el momento en que vio a uno de los sirvientes que se precipitaba hacia él.

Era Charles, el mayordomo, uno de los que hacía más tiempo estaba al servicio de la casa.

—¡Hola, Charles! —gritó.

El otro avanzó, sobre sus piernas delgadas, con la cabeza inclinada sobre el pecho, lo que impidió a Johan ver su rostro hasta que el mayordomo estuvo a su lado y levantó la cabeza, mirándole, con aquella expresión de temor que hizo que Stonefield se estremeciese de pies a cabeza.

No dijo nada ninguno de los dos hombres.

No era necesario.

Se miraron, larga y serenamente a los ojos, hundiendo Johan la mirada en las pupilas del otro.

Luego, con voz ronca, preguntó:

—¿Dónde está?

—En su habitación.

Corrió, como no lo había hecho hacía mucho tiempo, trepando por las escaleras, atravesando el «living», el salón, la pequeña salita del fondo, volviendo a subir las escaleras que conducían a la planta superior.

Y fue allí, al desembocar en el pasillo, cuando tropezó con el hombre.

—¿Eh? —exclamó.

El otro Se miró fijamente, sin reprocharle el encontronazo.

Y con voz firme preguntó:

—¿Es usted Johan Stonefield?

—Sí. ¿Y mi esposa?

El otro hizo un gesto hacia el fondo del pasillo, donde estaba la puerta de la habitación conyugal.

—Descansa.

—¿Puedo verla?

—Creo que ahora sería contraproducente. ¿Puedo hablar con usted?

—Bueno.

Dio la vuelta, muy en contra suya, volviendo a descender, seguido por el otro. Hasta que una vez en el «living» se dejó caer en uno de los sillones, suspirando, como si acabase de llegar del fin del mundo.

«¿Acaso no era verdad?» -—pensó.

Luego, mirando al desconocido, quiso saber:

—Y usted... ¿quién es?

—Me llamo ller Crosman y soy médico. Llegué de Nueva York, llamado por alguien que estuvo viendo a su esposa.

Johan frunció el entrecejo:

—¿Alguien que vio a mi esposa? ¿Quién era?

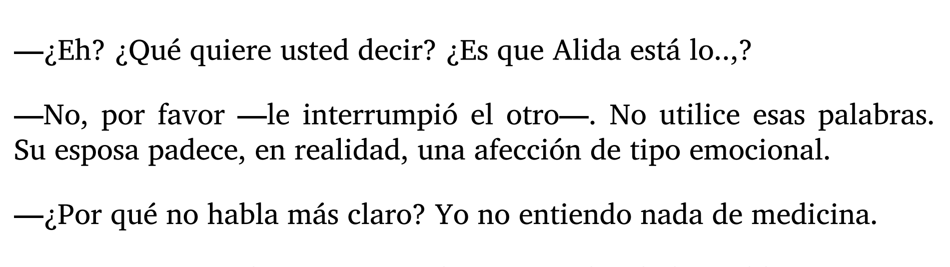
—No recuerdo el nombre. Lo cierto es que me dijo que había pasado por aquí y que atraído por la belleza de la finca, visitó a la señora Stonefield, haciéndole una proposición para comprar esto.

—Era inútil.

—Ya lo sé. Y me lo dijo. Pero estos asuntos, como usted comprenderá, no me interesaban en absoluto. Lo que me dijo después, sí.

—¿Qué le dijo?

—El hombre, de todos modos, no era tonto. Se percató en seguida, no sé por qué, de que su esposa no estaba bien y que, aparentemente alegre, padecía un mal mental.



Johan dio un salto.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir? ¿Es que Alida está lo..,?

—No, por favor —le interrumpió el otro—. No utilice esas palabras. Su esposa padece, en realidad, una afección de tipo emocional.

—¿Por qué no habla más claro? Yo no entiendo nada de medicina.

—Bien. Digamos las cosas con la mayor claridad posible. La señora Stonefield, estando completamente sola durante mucho tiempo, contrajo una especie de melancolía que la ha llevado a desear irse de aquí.

—¿Irse de aquí?

—Sí. En su subconsciente cree que todo esto ha sido la barrera que la ha separado de usted durante mucho tiempo. Y segura de que le impedirá verlo, quiere esperarle en otro sitio.

—¿En cuál?

—Donde haya muchas astronaves, donde la realidad se imponga, de la manera más activa, en su mente enferma...

Johan no decía nada.

Como el desfile de una proyección cinematográfica, pasaron por su mente las palabras que él mismo había pronunciado en la sala de la astronave, cuando estaba reunido con Sander Hilman, el hombre que se había hecho cargo del navío espacial, cuando él dejó de ser su comandante.

¿Sería posible que hubiera adivinado la verdad y que fuese cierto el que todos los sacrificios no hubieran servido, al fin, para nada?

La angustia le mordía el pecho, desgarrándole.

Pero, dominándose, preguntó:

—¿Hay posibilidad de cura?

—¡Naturalmente! No tiene más que alejar a su esposa de este ambiente y esperar, unos meses, a que se le haya pasado. Pero no cuente con poder traerla aquí de nuevo.

—¿Porqué?

—Porque la vista de todo esto despertaría de nuevo el complejo…, y el «shock» sería peor para ella, ya que tardaría muchísimo más tiempo en recuperarse.

—¿Podré verla?

—Mañana.

—Bien. Ahora, con su permiso, doctor Crosman, voy a ordenar que desempaqueten mis cosas… parcialmente. Mañana, cuando haya visto a Alida, haré gestiones para vender todo esto, y nos iremos lejos, como usted ha dicho, junto a una base de astronaves, esperando que el mal pase…

—Crea que comprendo perfectamente su dolor, pero no hay más remedio.

—Gracias.

* * *

El doctor abrió la puerta, haciéndose a un lado. Y sonriendo, de una manera educada:

—No la excite, por favor.

—Así lo haré.

—Y, diga lo que diga, no olvide que ella está enferma.

—Bien.

Johan no había dormido, dando vueltas en la cama de una de las habitaciones que, en tiempo normal debían haberse dedicado a los huéspedes. No pudo dormir porque era imposible hacerlo sabiendo que unos metros más allá, en la habitación de los dos, ella sufría, lejos de él, mucho más lejos que cuando vagaba entre los mundos luminosos del Sistema «O-micrón».

Entró.

Hubiese reconocido aquella habitación entre mil millones de semejantes. La había concebido él, la había forjado, detalle a detalle.

Pero su mirada, huyendo de los detalles que en otras circunstancias le habrían atraído irresistiblemente, se clavó en el lecho y dentro de él en el rostro de la mujer que estaba echada en él: Alida.

¡Cómo había cambiado desde la última telefoto que recibió de ella!

Seguía siendo bella, hermosa como siempre la había conocido, pero su rostro no era el mismo: una palidez cerúlea lo cubría, dándote el aspecto de una de esas mascarillas, que suelen cubrir los rostros de los moribundos.

Se estremeció.

Pero, venciendo el terror que So dominaba, se acercó al lecho, mirando a la mujer que, en aquel momento, volvió el rostro hacia él»

—¡Alida!

Ella le miró, largamente, frunciendo el entrecejo, haciendo que sus facciones se ensombreciesen aún más, envejeciendo su rostro hasta hacer que él sintiese un dolor horrible en el pecho.

—¡Alida! —repitió—. ¡Soy yo!

Ella tardó en contestarle, sin dejar de mirarlo.

—¿Quién es usted?

¡Si hasta su voz era extraña! ¡Lejana! ¡Terriblemente diferente!

—¡Soy yo, Johan! ¡Tu marido!

Ella denegó, con la cabeza; después, con voz débil:

—No, usted no es mi marido... El está lejos, viajando por las estrellas, por culpa de esta maldita casa donde terminaré por morirme.

Era como si un trozo de hielo corriese por su espalda.

No pudo más.

Y tomándola por las manos, que ella sacaba del embozo de la cama, dijo:

—¡No estarás ni un momento más aquí, querida! ¡Voy a vender esta maldita casa y nos iremos lejos, muy lejos!

—¡Suélteme! —gritó ella.

Lo hizo, alejándose del lecho y pasando al otro lado de la puerta, avanzó por el pasillo, bajando la escalera y yendo al «living», donde el doctor le esperaba.

Pero antes de hablar con el médico, se sirvió una doble copa de whisky escocés, que bebió de un solo trago.

Luego, volviéndose a Crosman, dijo:

—Tenía usted razón, doctor.

—¿La ha dejado usted muy excitada?

—No.

Y después de una pausa, dijo:

—¡Voy a vender todo esto! Sacaré lo suficiente para, con lo que tengo en el banco, poder vivir tranquilamente con ella, lejos de aquí, cuidándola.

—Creo que es lo mejor que puede usted hacer.

Stonefield se sirvió una nueva copa.

—Lo que me preocupa es encontrar un comprador para hacer la venta inmediatamente.

—¿Por qué no se dirige al hombre que me llamó?

—¿No decía usted que no recordaba su nombre?

—En efecto, pero mi secretaria, en Nueva York, tiene la buena costumbre de anotar todas las comunicaciones telefónicas que recibo, naturalmente, con los nombres de los comunicantes. Si la llamamos ahora mismo, podremos obtener el nombre del que se interesó por la salud de su esposa. Creo —agregó con una sonrisa—, que ese hombre merece, por lo menos, una prioridad.

—De acuerdo. Llame a Nueva York.

Quince minutos más tarde, Johan hablaba directamente con el hombre que deseaba comprar su finca.

Su interlocutor, al otro lado del hilo, no fue directamente al asunto,

sino que con voz amable inquirió:

—¿Cómo está su esposa, señor Stonefield?

—Igual, pero esperamos sacarla adelante. Sepa que le agradezco lo que hizo, llamando al doctor Crosman.

—Era un deber elemental, amigo mío. ¿No hubiera hecho usted lo mismo?

—Desde luego —y después de una pausa — : No pienso discutir mucho —dijo Johan — , respecto al precio de la finca; con que me dé lo que me costó...

—¡De ninguna manera! ¡Jamás me perdonaría el haberme aprovechado de las desgraciadas circunstancias en las que se encuentra! Había hecho mis averiguaciones, y, si no me engaño, todo eso costó algo así como setecientos mil, ¿verdad?

—Setecientos ochenta y tres mil, señor, para ser más exactos.

—Muy bien. Yo le daré un millón.

—Pero...

—¡Nada de peros, amigo mío! Esta tarde saldré, por avión, para ahí. Creo que podríamos encontrarnos en San Francisco, en el Hotel Regina, y terminar los tratos, ante notario, mientras usted prepara el viaje con su esposa. ¿Qué le parece?

—Muy bien.

—Entonces, mi querido amigo, hasta la vista.

—Adiós.

Johan se acercó al doctor y dijo;

—Todo arreglado. Ahora no me queda más que darle las gracias, recoger su dirección en Nueva York y abonarle su nota.

—Ya hablaremos de eso... excepto mi dirección. Voy a darle una tarjeta y hacerle un tratamiento que habrá de seguir al pie de la letra.

—Entendido, pero sus honorarios...

—Dejemos eso, por favor. Ya le pasaré la nota cuando la señora

Stonefield se haya recuperado por completo.

—Como usted quiera.

El médico puso, familiarmente, la mano sobre el hombro de Johan, y con voz melosa dijo:

—Bastantes problemas tiene usted ahora, amigo mío. Lo más importante es la recuperación de la enferma. ¿No le parece?

—¡No sé cómo podré agradecerle tanta amabilidad, doctor!

—No tiene importancia, se lo aseguro.

CAPÍTULO IV

Con el rostro pegado al cristal, sobre el que la lluvia trazaba una complicada y caprichosa red de agua, Johan no miraba hacia el exterior, aunque se sabía de memoria el paisaje.

Llevaba un año en aquella casita, a menos de dos millas de la Base de Astronaves de Washington, oyendo con frecuencia el silbido de los gases proyectados por las toberas de los aparatos que despegaban, y el sonido apagado de los cohetes de frenaje de las que arribaban.

Muchas veces, sentado a la cabecera del lecho de Alida, al sentir llegar hasta él aquellos ruidos familiares, sus recuerdos surgían a su mente, en galopada, produciéndole una indefinible sensación de nostalgia; pero, poco a poco, logró dominarse y concretar su interés en la marcha de la enfermedad de su esposa.

Alida no había mejorado en absoluto.

Seguía igual, indiferente a todo cuanto la rodeaba. Y si su actitud hacia él había cambiado un poco, quizás tomando sesgo amistoso, pero sin creer aún que era su marido, no era aquello, ni muchísimo menos, nada que señalase que el doctor Crosman tuviese razón.

Lentamente, con una especie de flexión mental que significa el fracaso, Johan fue haciéndose a la idea de que el mal de Alida era incurable. Y después de la rebelión natural que tal consecuencia le produjo, terminó por habituarse, fatalmente.

Ya no pensaba siquiera en todo el tiempo que hubiera podido estar a su lado, de haber elegido otra forma de vida. Consecuente con la realidad, por tremenda que ésta fuese, no tuvo más remedio que plegarse, aceptándola en todo su trágico contenido.

Aquella mañana, una de tantas, aunque hacía exactamente un año que habían llegado allí, Johan preparó, como siempre, el desayuno para Alida, antes de preparar el suyo propio. Y con la bandeja en la mano, fue a la habitación, forzándose, como cada vez que entraba, en poner en sus labios una sonrisa que estaba muy lejos de sentir.

No había querido criado alguno, y apenas si salió de la casa desde que se encerró en ella con su esposa.

«Por lo menos —se había dicho—, dedicaré el resto de mi vida a la que, por fatalidad, dejé sola tantísimo tiempo...»

Alida estaba reclinada en el lecho, con la cabeza apoyada en el montón de almohadones que Johan le colocaba por la mañana, de forma que, cuando hacía buen tiempo, pudiera ver, a través de la ventana, la llegada y partida de los astro-vehículos de la Base.

Aunque aquello no había servido para nada.

—Buenos días, Alida.

Ya no la llamaba «querida», por miedo a despertar en ella aquellas cóleras que aparecían en cuanto se le hablaba de «su esposo», que, para Alida seguía navegando lejos, muy lejos de la Tierra.

—Buenos días —replicó ella.

No solía decir más que aquellas palabras, y, a veces, ante un plato determinado, solía agregar un «no me gusta» o un «me gusta mucho».

Todo eso era lo que Stonefield había oído de sus labios en aquel interminable año.

Por eso, cuando ella terminó de desayunar y fijó sus hermosos ojos en el rostro de él, el hombre no pudo evitar un estremecimiento al decir ella, con voz apagada:

—Voy a morir, Johan.

Se quedó helado.

No sólo por haberla oído unas palabras fuera del limitado vocabulario

que ella solía emplear, sino porque le había llamado por su nombre. Pero, de todos modos, contestó quedamente, como si temiese que el encanto se rompiese.

—¿Por qué hablas así, Alida?

—Porque es verdad; voy a morirme.

—¡No digas tonterías!

Ella seguía mirándole y él hacía esfuerzos para no bajar la cabeza ante aquellos ojos inmensos, que tanto había amado y amaba.

—Has debido sufrir mucho, querido.

—¿Yo? —disimuló él—. ¿Por qué?

—Esta noche se ha hecho la luz para mí, Johan. Lo he comprendido todo y he sabido todo lo que has hecho por mí. Me he dado cuenta de que tú eras mi esposo y que todo este tiempo te he tratado cruel e inhumanamente, como a un extraño...

—¡No digas eso!

—Tengo que decirte muchas cosas, Johan, pero primero deseo que sepas que no he dejado de quererte ni un solo instante y que hoy, cuando tengo que alejarme de ti para siempre, te quiero como nunca.

Johan sintió frío en la espalda; una sensación gélida que le penetraba muy hondo, quizás hasta lo íntimo, hasta la misma alma.

Pero no dijo nada.

Alida había extendido el brazo y puesto su mano helada sobre la de su marido.

Después, con el mismo tono apagado de voz, dijo:

—Hay cosas que me han sorprendido, cariño. Cosas que he recordado esta noche, al despertarme de esa especie de sueño que me ha tenido aquí tanto tiempo. ¿Quieres abrir la ventana para que vea los árboles de nuestro parque?

Stonefield se mordió los labios.

Luego dijo:

—Ya no estamos en casa, querida…

Y le explicó todo lo ocurrido, el odio que ella había tomado a «Retorno» y la necesidad imperiosa en que él se había visto el día siguiente de su llegada a la Tierra, de venderlo todo I para seguir las instrucciones del médico.

Ella le escuchó en silencio, sin interrumpirle una sola vez. Pero cuando Johan terminó, dijo:

—Ahora se aclaran las cosas, querido… ¡Hemos sido cruelmente engañados!

—¿Qué quieres decir?

—Que aquel horrible médico llegó, con los otros tres, forzándome a tomar unas cosas, que, con toda seguridad, me hicieron volverme loca.

—¿Eh? ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sí. Ellos querían la finca, y como yo me negué rotundamente a vendérsela, obraron de aquella malvada manera.

—Pero…

—Fue así, Johan; no lo dudes.

Se había dejado caer sobre el lecho, palideciendo de una manera que alarmó al hombre. ¿Sería posible que fuese a morirse? Preso de un pánico atroz, abandonó la habitación, yendo al salón donde se precipitó sobre el teléfono, después de haber consultado con mano nerviosa y agitada, el listín.

—¿Doctor Lawson? —inquirió, cuando hubieron descolgado al otro lado.

—Sí. Aquí es, ¿qué desea? —¿Está el doctor?

—Soy yo mismo, señor…

—¡Por favor! ¡Venga enseguida! ¡Creo que mi mujer se muere!

—¿Dónde vive usted? Johan dio su nombre y domicilio.

—Estaré ahí dentro de cinco minutos.

—¡Muchas gracias!

Colgó y permaneció inmóvil, sin saber qué pensar. Luego, lentamente, con los hombros inclinados, como si un peso descomunal hubiera caído sobre ellos, regresó, arrastrando los pies, a la habitación.

Alida había cerrado los ojos y respiraba de una manera fatigosa.

Acercándose, Johan puso su trémula mano sobre la frente de la mujer, sintiendo el frío de aquella piel tersa en la que, a pesar de todo, ni una sola arruga había aparecido.

Momentos después, el timbre de la puerta le hizo precipitarse fuera de la habitación, yendo a recibir al doctor, un hombre joven y simpático, al que acompañó rápidamente hasta el lecho donde yacía Alida.

Durante cerca de media hora, observó atentamente el de tenido reconocimiento que el médico hizo a su esposa. Cuando el doctor terminó, Johan le miró con ansiedad mientras el galeno guardaba en su maletín los instrumentos que acababa de utilizar.

Después, volviéndose a Johan, anunció:

—Su esposa ha muerto, señor Stonefield.

Se hizo sangre en los labios, al mordérselos, con la intención de dominar el dolor que sentía.

Y el médico, tras una pausa, preguntó:

—¿No la visitaba nadie antes?

—No.

Un brillo severo apareció en las pupilas del joven doctor.

—¿Por qué no? Usted debía saber lo que le ocurría a su esposa!

—Yo no sé nada. Hace un año, un tal doctor Crosman me dijo que había perdido momentáneamente la razón y que debía traerla aquí, junto a la Base, para que los recuerdos la normalizasen la mente.

—Pero, usted... ¿no sabía que su esposa...?

—¿Qué quiere usted decir, doctor?

—Que esta señora se drogaba.

—¡No es cierto! ¡Alida no hizo nunca eso!

Pero, al mismo tiempo, recordando lo que ella le había dicho, momentos antes, se pasó la mano por la frente y señalando el salón al médico dijo:

—Tenga la amabilidad de sentarse ahí, doctor. Creo que le debo una explicación, aunque sigo sin entender nada.

Le contó todo. El médico le interrumpió algunas veces para formularle preguntas diversas; después, cuando el antiguo astronavegador acabó su relato, dijo el médico:

—Ahora lo comprendo todo, señor Stonefield: han sido ustedes víctimas de algo horrible.

—Pero...» ¿por qué? Mi finca era muy buena, pero su posesión no justificaba lo ocurrido.

El otro le miró con asombro.

—¿Es que no ha leído los periódicos en todo este tiempo? ¿Ni oído la radio? ¿Es que no tiene televisión?

Johan denegó con la cabeza.

—No. No he leído nada y no quise comprar ningún aparato para respetar la tranquilidad de ella...

—Lo comprendo. Así no se ha enterado usted de que hace unos meses se encontraron en California, seguramente en su finca, los yacimientos más extraordinarios de «torkonio»...

—¿Es posible?

—Lo que oye. Se extrajeron ciento ocho kilos de esa maravillosa forma de uranio concentrado. Fueron unos hombres los que lo hallaron y también leí que vendieron al Estado los yacimientos por una suma fabulosa...

—¡Canallas!

—Tiene razón en juzgarlos así, amigo mío, pero no por lo del mineral, sino por lo que hicieron con su esposa. ¿Sabe que habré de dar cuenta a la policía?

—¿De qué?

—Su mujer ha sido intoxicada, criminalmente, con una mezcla de

sustancias, cuya reunión recibe en Medicina el nombre de «pluritoxina B».

—¿Está usted seguro?

—Por completo. Todos los síntomas que ha presentado lo demuestran sin duda alguna. Según lo que acaba usted de contarme, hace un año que se obligó por la fuerza bruta, a su esposa, a tomar una dosis tremenda de «pluritoxina B». Esta suma de drogas produce un estado de depresión endógena como lo que nosotros llamamos una «vertiente catatónica». Pero, además, la locura cíclica es de carácter obsesivo, lo que da como resultado una enfermedad mixta muy poco conocida. Lo cierto es que poco antes de la muerte; que no puede evitarse en modo alguno, se produce un estado de completa lucidez en el que se recuerda todo… desdichadamente por poco tiempo. Comprenderá ahora, señor Stonefield, que estoy obligado a dar parte a las autoridades.

Johan guardó silencio unos instantes.

Después dijo:

—Haga lo que quiera, doctor; pero no creo que ahora, que todo ha terminado para ella, sea necesario remover el pasado.

—Pero esos criminales no pueden quedar impunes.

Johan se encogió de hombros.

Parecía haber envejecido aún más y el médico tuvo la clara impresión de que aquel hombre estaba definitivamente terminado.

—No tendré más remedio que hacerlo —dijo.

Al mismo tiempo notó que un brillo extraño lucía en las pupilas de Stonefield. Y, sin saber por qué, tuvo la seguridad de haberse equivocado en el juicio que había hecho, mentalmente, momentos antes.

Johan acompañó a! doctor hasta la puerta de la casa. Y fue al pasar por el jardín, cuando el médico vio una barraca de plástico, en cuyo interior se veían volar sombras rapidísimas.

—¿Qué es eso?

Una triste sonrisa afloró a los labios de Johan.

—Mi única distracción, doctor. Durante todo este calvario me dediqué, quizá para evitar que yo también perdiera la razón, a los insectos que traje de «Q-micrón».

—¿Ha estado usted allí?

—Quince años.

—¿Y esos insectos…?

—Venga. Se los enseñaré a usted.

Se acercaron y sirviéndose de un ventanuco que permitía ver el interior, el médico observó los curiosos animales.

No tenían ningún parecido con los insectos de la Tierra y sus colores eran verdaderamente fantásticos.

—Los encontré en un pequeño planeta del Sistema —explicó Johan—, y los metí en una caja de invernación. Durante mucho tiempo, no recuerdo cuánto, los dejé allí, pensando a veces que habrían muerto. Pero cuando desembalé mis cosas, al llegar aquí, un día, mientras Alida dormía profundamente, me di cuenta de que seguían vivos.

—¿Y no ha pensado en hacer donación de esos animales a algún organismo científico del país?

Johan tardó en contestar. Luego, con voz neutra, dijo:

—Ya veré. Es posible que lo haga.

El médico se dio cuenta de que no lo haría jamás.

Comprendía perfectamente el estado anímico de aquel hombre, que acababa de perder lo que más amaba; pero, de todos modos, en los últimos quince minutos, Johan había cambiado mucho…

«¿En qué sentido?», se preguntaba el médico.

Se despidió de él, yendo hacia el coche que había dejado a la entrada del jardín.

Stonefield se quedó allí, hasta que el coche desapareció en la más cercana esquina. Había dejado de llover pero las calles brillaban más aún, como el lomo de un cetáceo.

Cerrando cuidadosamente la puerta, Stonefield recorrió, a pasos

lentos, la distancia que le separaba del terrario, donde bullían los insectos. Abriendo la puerta de plástico, penetró en el interior del recinto, deteniéndose, con los ojos semicerrados, contemplando el ir y venir de los que iban sobre las planchas recubiertas de tierra y el vuelo de los que se movían en sus amplias cajas de cristal.

¡Cuántas cosas había aprendido de ellos en el último año!

De no haber sido por la enfermedad de Alida, por su estado de postración continua, Johan no hubiese llegado jamás a saber lo que sabía ahora de aquellos animales que tan poco habían significado desde que los cazó para él.

Ahora...

Las palabras del médico habían abierto, justamente en el momento en que se cerraban para él tocias las puertas de la vida, una salida inmensa, que le imponía una misión que no podía dejar de llevar a cabo.

Era como si acabase de nacer, como si sus fuerzas de antaño, aquellas que le habían permitido gobernar una nave colosal a miles de millones de millas del Sistema Solar, surgiesen en este momento, con más potencia que nunca.

Se irguió y hasta pareció que las arrugas de su rostro desaparecían, borrándose a ojos vistas.

Después de permanecer un largo rato allí, se decidió.

Abrió una de las cajas de cristal y tomó una hormiga, una mariposa y un multicolor coleóptero, que mantuvo sobre la palma abierta de la mano.

Cerró la caja.

Y con los insectos cuidadosamente colocados en el hueco de la mano penetró en la casa, decidido.

No obstante, movido por algo profundo, se detuvo, junto a la entrada de la habitación donde estaba Alida...

Alida que dormía profundamente, muy profundamente.

Para siempre.

Mordiéndose los labios, penetró finalmente en la estancia, yendo hacia

el lecho. Y tras un nuevo momento de duda, colocó los insectos sobre la mano helada de la muerta.

Esperó.

Sabía perfectamente lo que se estaba produciendo, aunque algunas dudas flotaban en su mente, sobre todo respecto al tiempo transcurrido.

¿Serían aún capaces aquellos animalitos de...?

¡No cabía la menor duda!

El color de las alas de la mariposa de otro mundo se hizo menos intenso. E igual ocurrió con los otros dos.

¡Lo habían logrado!

Esperó aún un largo rato, hasta que los animales, de motu propio, se alejaron de la mano, moviéndose los dos por la colcha y volando el otro hasta la mesita cercana.

Con todo cuidado, Johan, los volvió a tomar, en el hueco de la mano, salió al exterior de la casa, abrió la puerta del jardín y los dejó en el suelo, dulcemente»

La mariposa salió volando.

Los otros dos; la hormiga y el escarabajo, se fueron, por caminos distintos, atravesando la calle desierta. Una sonrisa abrió los labios de Stonefield, La lluvia empezó a caer de nuevo...

CAPÍTULO V

Peter Stone, el jefe de la «Space Patrol», encendió otro cigarrillo, dejando que el hombre que estaba sentado ante él al otro lado de la amplia mesa del despacho, tomase aliento para seguir después hablando.

Hacía media hora que relataba un hecho extraño, maquiavélico. Y Peter lo escuchaba, pacientemente, sin tomar nota alguna, ya que su

memoria fotográfica iba guardando y clasificando todos los detalles de lo que escuchaba en aquel momento».

Cuando el hombre terminó, Stone dejó que un poco de la ceniza de su cigarrillo cayese sobre el cenicero, donde ya había una pequeña montaña, rodeada de colillas.

—Ha hecho usted muy bien en venir a verme, doctor Lawson —dijo.

—Por eso lo hice.

—Hay muchos delitos que se nos escapan, ya que somos hombres como los demás y no podemos gozar de poderes sobrenaturales. Este es un caso que, de no haber venido usted a contármelo, se nos habría pasado desapercibido.

—Bien ¿y que le parece?

Stone tardó unos instantes en contestar. Luego dijo:

—El noventa y nueve por ciento de los delitos que el hombre comete —dijo al fin— los hace movido por la ambición. Es curioso que los delincuentes pobres se limiten, al principio, a procurarse lo que necesitan estrictamente. Pero, una vez que se han dado cuenta de la facilidad con la que se los procuran, la cosa cambia.

—Es verdad.

—Pero sólo los poderosos, los que tienen todo y se consideran, en cierto modo, fuera del alcance de la mano de la Ley, son capaces de realizar esta clase de crímenes horribles, empapados en un sadismo que dice muy poco de la naturaleza humana.

—¿Cree que podrá encontrar a los culpables?

—Esa es mi misión, doctor. Haremos lo imposible. Y vuelvo a darle las gracias por su preciosa y detallada información.

—Me he limitado a cumplir con mi deber de ciudadano y de médico. Respecto a ese pobre señor Stonefield…

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada. Pensaba que deberé visitarlo, para hacer que no se pierda en conjeturas patológicas que podían hacer de él un loco, sin necesidad de drogas; porque las ideas pueden ser más tóxicas que los estupefacientes.

—Eso es cierto.

Se despidieron y Stone, una vez solo, hizo funcionar el teléfono durante una hora entera, después de llamar a su despacho a dos de sus colaboradores, que fueron tomando nota de los resultados de aquellas llamadas.

Cuando colgó definitivamente el teléfono, dijo:

—Ya lo veis, muchachos. Aunque era natural que así ocurriese, no hay la menor huella de esos hombres.

—Eran cuatro, ¿verdad?

—Sí, si contamos a ese doctor Crosman, que jamás ha tenido domicilio conocido en la ciudad de Nueva York.

—¿Por dónde empezamos? —inquirió uno de ellos.

Stone le miró sonriente.

—¿Qué te parece a ti, Fred?

Fred Donner, el otro, se encogió de hombros.

Era como su otro compañero, Ale Curtice, un joven alto, fuerte, de los que llevaban el sello inconfundible que la «Space Patrol» ponía a sus hombres, de una manera indeleble y que se forjaba en los estudios duros de la Escuela de Washington. Y después de una pausa dijo:

—No tenemos huellas dactilares de ellos y sus fisonomías nos son desconocidas. Sólo sabemos sus nombres, que han podido cambiar, si no eran ya falsos.

—Total —dijo Ale, con una sonrisa—, tenemos lo de siempre; cero, coma, cero, cero…

—La Compañía del Estado —dijo Peter Stone— que compró los terrenos de la antigua finca de Stonefield no sabe nada de los vendedores, a no ser del montón de millones de dólares que pagó por los terrenos.

—¡Dios sabe dónde estarán!

—Pues tenemos que encontrarlos. Esos hombres no merecen vivir y habrá que entregarlos al verdugo: la Cámara Electrónica debe terminar con sus miserables vidas.

Y tras un corto silencio dijo:

—¡Al trabajo, muchachos! ¡Id donde sea y por donde sea…! Pero no parad hasta que encontremos a esos cuatro hombres, aunque se hayan ocultado en lo más hondo de la Tierra.

—¿Y si han salido de ella?

—Me comunicaré con nuestros agentes en el Sistema y fuera de él. ¡A trabajar!

—Bien.

—De acuerdo.

Y salieron.

* * *

Se habían separado.

Cuando se repartieron la fabulosa suma que recibieron de manos de la Compañía del Estado que les compró la finca que había pertenecido a Johan, se despidieron, no sin antes realizar «algunos pequeños detalles».

Crosman se encargó de modificar sus rostros, cambiándoles las facciones.

Con una nueva fisonomía, los tres hombres salieron, uno para cada lado» prometiéndose mutuamente no volver a verse jamás.

John Ward, el más joven, pensó que lo mejor era recorrer el mundo que no conocía. Y después de haberle dado varias vueltas, en medio de un lujo que tampoco había conocido nunca, terminó por comprarse una casa, en una calle céntrica de Nueva York, ciudad que le atrasa con más fuerza que ninguna otra en el mundo.

Llevaba una vida de príncipe.

No había querido contraer matrimonio y, ambicioso como siempre, se dedicó a patrocinar espectáculos deportivos, sobre todo veladas de boxeo, aumentando así, con colosales ingresos, su ya fabulosa fortuna.

Era feliz.

Aquella noche, como otras muchas, después de un combate que había llenado el «Madison Square» hasta los topes, Ward, en su magnífico coche de último modelo, con unos amigos y amigas, fue hacia su residencia, como solía hacerlo de costumbre.

Una vez en la señorial mansión, y tras haber despertado a todos los criados, que ya estaban acostumbrados a las excentricidades de su amo, John organizó una fiesta, iluminando los salones y haciendo que los licores espirituosos y alcohólicos corriesen en cascada.

Su amor de entonces era una joven bailarina de uno de los locales más lujosos de la ciudad. Se llamaba Gina Oliandi y era de origen italiano, bellísima y con una profusa cabellera endrina.

Mientras bailaba con ella, al son de la orquesta que contrató por teléfono horas antes, Ward se sentía feliz, dichoso, dueño de un poder colosal, considerado por todos, temido y respetado por la gente.

¿Qué más hubiera podido pedir a la vida?

— ¿Cómo lograste ganar tanto dinero, querido? —le preguntó de repente su gentil pareja.

John no pudo evitar una sonrisa.

Luego, al oído de la bella, dijo: —Aunque estuvieses pensando mil años, preciosa, jamás lo averiguarías; de verdad.

Ella sonrió. Después, con un tono malicioso, dijo:

—No hay más que una manera; es decir, dos maneras de ganar dinero, Oliver querido…

Porque John Ward se llamaba ahora Oliver Treman»

—¿Cuáles, cariño?

—O se gana honradamente o haciendo algo que esté fuera de la ley.

—¡Qué inteligente eres! Pero, sin embargo, hay otras maneras.

—Me gustaría conocerlas, amor mío.

—¿Es que no te basta saber que te quiero y que todo lo mío puede llegar a pertenecerte?

—Tienes razón.

La sonrisa de John se hizo más intensa.

¿Qué sabía aquella muchacha? ¿Qué sabían todos aquellos estúpidos que bailaban y reían en su casa, de la manera que había tenido de hacerse rico?

Sólo otros tres hombres, en todo el mundo, estaban en el secreto.

Y no había vuelto a saber nada de ellos.

La fiesta terminó casi cuando el alba ponía sucias notas de gris en las calles, haciendo salir del anonimato nocturno en que habían estado los grandes cubos de basura, que no habían sentido el progreso de la ciudad y que continuaban siendo una nota perenne de Nueva York.

Cansado, deshecho, Ward se fue a la cama, después de despedir a todos sus invitados.

Y soñó.

Las palabras de Gina le habían hecho recordar muchas cosas, y aquella noche no tuvo más remedio que ver, de nuevo, a la mujer, sentada en el salón de su maravillosa casa.

La veía sonreír, mirando a Harold, al jefe, que también sonreía.

Y hasta parecía que la oía hablar, con aquella voz* cadenciosa y extremadamente dulce:

«No venderé nunca esta finca señor… ni aunque me diese todo el oro del mundo…»

Se movió inquieto en el lecho. Pero no se dio cuenta de nada.

La hormiga, que había tardado un par de meses en llegar allí, guiada por su formidable instinto subió por la fachada, sabiendo que le quedaba poco de vida.

Pero había llegado.

Una vez en el tejado, buscó un sitio apto para que los huevos que se disponía a poner estuviesen guarecidos de todo; de las inclemencias del tiempo y de la voracidad de otros animales.

Ella no sabía, aunque las Leyes de la vida se cuidaban de ello, que la

mayor parte de sus huevos serían devorados o destruidos por mil causas distintas, pero unos cuantos, quizás uno solo, escaparía a la lucha de especies, a la batalla por la supervivencia.

Uno solo.

Y eso bastaría.

La hormiga trepó, fatigosamente, por el alero, buscando un sitio. Había recorrido una distancia fantástica para su tamaño, guiada por el instinto, sintiendo, a través de los kilómetros, la impresión que había recogido allá lejos, en Washington, sobre una mano helada, de un ser cuya especie no había visto jamás.

Porque era la hija, la descendiente, en doscientas generaciones, de la hormiga que Johan recogió en el minúsculo planeta del Sistema «O-micrón».

No sabía nada la hormiga. Pero la Ley de los instintos la guiaba sin error posible. Y así, una vez en el alero más alto, encontró un lugar adecuado e hizo allí su puesta, cubriendo cuidadosamente el nido con cien objetos distintos, como lo habían hecho, antes que ella, diez millones de generaciones.

Luego murió.

Y allí quedaron los huevos grises, sobre la casa de Ward, como la más espeluznante espada de Democles que se hubiera imaginado jamás.

* * *

¿Quién era capaz de conocer ahora aquella isla del Pacífico?

Un par de años antes, sólo había allí muchas palmeras, espacio abierto y un viejo hotel que un chino intentaba mantener a toda costa, sabiendo que los lujosos establecimientos de las islas vecinas acabarían por destruirlo, obligándole a marchar hacia algún sitio mejor.

Pero llegó un hombre, un buen día, que después de visitar la isla detenidamente, terminó comprando los derechos al descendiente de los mandarines, cuya alegría no conoció límites.

El chino se marchó.

Obreros especializados en mil cosas distintas, con sus máquinas-robots, arquitectos, jardineros, técnicos de cien clases llegaron cuando el chino se hubo marchado.

Y unos meses más tarde, la más formidable organización turística de la Tierra levantaba allí una especie de paraíso terrestre. Poco después, los hoteles de las islas vecinas hacían quiebra. Y el hombre compró, a bajo precio, todo aquello, dilatando su poder hasta que en cien millas a la redonda no hubo nada que no le perteneciese.

Aquel hombre era Harold Budds. Se había casado, perdiendo a su esposa casi en seguida; pero ella le había dado un hijo, que Charles —o Harold— había dejado en un elegante colegio de Inglaterra.

Poderoso, convertido en un magnate o en un rey-dictador de aquella formidable organización turística, que recibía millares de visitas por año, vio centuplicarse, en poco tiempo, sus ya fabulosas riquezas.

Muchas noches, cuando en la terraza de sus habitaciones particulares, miraba la extensión de las islas, cuajadas de luz, que emitían los miles de lámparas de sus hoteles, Harold sonreía, pensando de qué sencilla manera había dejado de ser un comerciante agobiado por las deudas, para convertirse en lo que era.

Tampoco supo nunca que a bordo de uno de los innumerables barcos que llegaban cada día a su isla, arribó un extraño tripulante (diríamos mejor un polizón), un minúsculo ser, de colores brillantes: un escarabajo que había nacido a bordo, hijo de otro que murió hacía poco y que, a su vez, era el quinto descendiente de aquel que Johan sacó del invernadero, dejándolo a la puerta de su casa de Washington.

¿Qué iba a saber Harold?

El animalito anidó antes de atravesar el inmenso espacio que le separaba del palacio de Budds.

No tenía prisa.

Las bestias no tienen nunca prisa; saben muy bien que su destino está exactamente medido, por la regla de los instintos. Por eso van, con su paso comedido, hacia lo que deben hacer, sin apresurarse, insensibles a ese factor que hace del hombre la criatura más desdichada de la Creación; el tiempo.

Aquella semana no pasó nada.

Pero, debido al clima, algunos días después —el escarabajo emigrante había sido devorado por las hormigas de la Tierra, y su caparazón no era más que un detalle brillante sobre el suelo, entre la hierba —, cinco larvas nacieron en el nido.

Tres fueron devoradas por los pájaros. Las otras dos, todavía pequeñas, empezaron a caminar hacia el palacio. Pero cuando atravesaban uno de los paseos, separadas por unos cuantos metros de distancia, una de ellas, la que iba primero, fue aplastada por las insensibles ruedas de un vehículo.

Precisamente por el coche de Harold, que conducía él mismo.

¿Qué sabía Harold?

El único superviviente consiguió llegar al palacio. Penetró por una de las puertas auxiliares. Hasta que llegó a la habitación del magnate.

* * *

De cada cien aparatos de televisión, en relievecolor, ocho llevaban una marca:

«CHERAR».

Seiscientas fábricas trabajaban sin cesar, sirviendo a once mil establecimientos que tenían la exclusiva de aquella clase de aparatos. Y lo bueno era que se trataba de los mejores, de los más elegantes, de los más cuidadosamente construidos y, sin ningún género de dudas, de los más atrevidos respecto a sus hermosas líneas.

Ormond podía estar satisfecho.

Poseía una residencia real en los alrededores de París y, además, debido a su afición por la electrónica, se había hecho construir un laboratorio especial, quizá uno de los mejores del mundo.

Quizás Ormond, como excepción respecto a los otros tres, no estaba solo. En el último instante, cuando pensaba en su porvenir y en el sitio donde deseaba residir, recordó que tenía una hermana, mayor que él, Florian, a la que se llevó consigo, sin explicarle, no obstante, el

verdadero origen de su colosal fortuna.

Florian era una mujer áspera, que no había dado un trato excelente a su hermano, cuando éste no era más que un mocoso, sucio y desharrapado. Pero Ormond era un inestable psíquico, un anormal que necesitaba la presencia viril y decidida de su hermana, como un calmante para su enfermiza naturaleza anímica.

Enamorado de la técnica, solía pasar la mayor parte del tiempo en el laboratorio que se había hecho construir. Y era Florian, nada hermosa, la que disfrutaba de la fortuna de su hermano, comprándose cuanto deseaba y luciendo su desgarbada figura en todas las fiestas y reuniones de la alta sociedad de la ciudad de la luz.

Tampoco supo nunca Ormond —que ahora se llamaba Alan Webb— cómo pudo llegar aquella frágil mariposa a los hermosos jardines que rodeaban su residencia.

Había muchas allí, pero aquella, sin duda alguna, era la que poseía los colores más atrevidos y la línea más grácil.

Durante un cierto tiempo, la mariposa no se dedicó más que a libar las flores, como sus congéneres terrestres.

Fue mucho más tarde; es decir, cuando dos generaciones habían nacido en aquel paraíso de verdor, cuando una de las descendientes se dirigió volando hacia la casa, penetrando en su interior y guiándose, por su sabio instinto, hacia las habitaciones de los dueños.

Quizá lo que más extraño hubiera parecido se produjo:

La mariposa, en vez de entrar en el alojamiento de Ormond, lo hizo en las elegantes y lujosas habitaciones que conducían al «boudoir» de su hermana Florian.

¿Por qué?

¿Era acaso un lamentable fallo de los cálculos de Johan?

CAPÍTULO VI

Stone estaba desesperado.

Hacía un año que había recibido la visita del doctor Lawson. Y desde aquel momento, dos de sus mejores agentes se habían desplazado, siguiendo sus instrucciones, por todo el globo, sin hallar nada que pudiera poner a la «Space Patrol» sobre la pista de los cuatro hombres que habían asesinado, indirectamente y con crueldad a Alida Stonefield.

Ahora, en el despacho de la Central, en Washington, los tres hombres examinaban crudamente la situación.

—Hemos encontrado — decía Fred— muchos casos que podrían coincidir con los tipos que buscamos; hombres cuyas fortunas poseen un origen oscuro y misterioso… Pero ¿cómo saber que son ellos? En estos tiempos, en los que mucha gente se ha enriquecido sin saber cómo, es imposible determinar quién lo ha hecho con la venta de la finca de aquel pobre hombre.

—Yo, por mi parte —dijo Ale Curtice—, he seguido las huellas del proceso en su comienzo y visitado a todos los que, poco o mucho, habían tenido relaciones con los cuatro hombres. Empecé, naturalmente, por los criados de la señora Stonefield.

—¿Y qué?

—Nada. Recuerdan perfectamente al doctor, aunque la descripción que de él me hicieron, es borrosa y nada neta. También recuerda el mayordomo a los tres hombres que visitaron a su ama, pero sin precisión, aunque me dijo que había uno con una cara de perro de presa.

Peter Stone se encogió de hombros.

—Ese detalle, como cualquier otro, carece de importancia, ya que esos tipos habrán pasado por las manos de un cirujano para hacerse un rostro nuevo.

—De eso no hay duda.

Y después de una corta pausa dijo:

—También visité a los jefes de la Compañía de Explotaciones que se hicieron cargo de «Retorno». El que se encargó de la venta, recuerda a un hombre con cara de perro de presa…

—¡Igual que los criados!

—Sí.

—¿Y las firmas del acta de venta?

—Ilegibles. También pasamos las actas por el laboratorio, pero las huellas estaban demasiado borrosas para conseguir nada positivo.

Donald suspiró. Luego dijo:

—Total; que estamos en el mismo punto que cuando me contó el asunto el doctor Lawson. Esos tres tipos han desaparecido por las buenas.

—Será muy difícil encontrarlos, pero no olvide usted, señor, que son cuatro y no tres.

—Tienes razón. ¡Siempre me olvido del maldito doctor, que, después de todo, es el culpable más directo, ya que fue quien ejecutó la intoxicación que produjo la muerte a la pobre mujer. ¿De verdad que no hay un Crosman en el listín médico?

—¡Hay muchos! —replicó Fred —. Pero ninguno de ellos se llama ller, lo que demuestra que aquel granuja utilizó un nombre falso.

—Era natural.

Hubo un silencio.

Después, Stone, mirando a sus colaboradores, preguntó:

—¿Y qué hay de Johan Stonefield?

—Nada de particular. Sigue en la casa donde murió su mujer.

—¿Lo has visitado?

—No. ¿Para qué hacerlo?

Stone se pasó la mano por la frente. Luego dijo:

—Está bien. Descansad hoy y presentaos aquí mañana por la mañana. A lo mejor, tengo algo concreto que daros.

—Bien.

Una vez sólo, Stone cogió un papel e hizo sobre la hoja blanca unos dibujos que, en realidad, no representaban nada, pero que eran como la válvula de escape, como el mecanismo que ayudaba a su cerebro que, en aquellos momentos, trabajaba firme.

Desde luego, el asunto era oscurísimo.

La posibilidad de encontrar a uno de los culpables entraba de lleno en el terreno de la casualidad. Y Peter no era amante de jugar con las casualidades. Distinto era cuando una intuición le abría un camino, nebuloso al principio, pero que constituía un principio, una iniciación, un algo, en fin.

En este caso, la negrura le envolvía por todas partes.

Finalmente, se decidió a hacer algo. Y después de consultar las fichas que tenía en una de las carpetas que había sobre su mesa, abandonó el despacho, yendo en busca de su coche, que estaba aparcado, como de costumbre, en el jardín del soberbio edificio de la «Space Patrol».

Quince minutos más tarde se detenía en una calle solitaria, en los alrededores de la ciudad, ante una verja que la lluvia había lavado de su primitiva pintura verde, que no era visible más que en algunas porciones.

Desc e allí, como pudo ver cuando descendió del coche, se veía la Base del Astropuerto de Washington. Y mientras cerraba la puerta y sacaba la llave de contacto, oyó el silbido de uno de los astrocohetes que salía en aquel momento. Dios sabía hacia dónde.

Miró a la casa.

Allí vivía la víctima del caso de los cuatro desconocidos: Johan Stonefield.

Se dio cuenta de que la verja estaba solamente entornada y, como no vio en parte alguna campanilla ni timbre, penetró en el jardín, haciendo crujir bajo sus pies la arena del sendero que conducía a la casa.

Un grupo de árboles le ocultaba la parte derecha del jardín. Y así, no le fue posible ver al hombre hasta que casi llegó a la pequeña escalinata del fondo.

Entonces, al mirar hacia la derecha, vio el tinglado transparente y el hombre que, en aquel momento, de espaldas, cerraba la puerta.

Cuando el hombre miró hacia la casa, su entrecejo se frunció y sus ojos azules se clavaron en los de Stone. Después, arrastrando los pies y encorvándose aún más, como si quisiera parecer más viejo, avanzó hacia el visitante.

Stone esperó a que el otro llegase junto a él para preguntar con voz cálida:

—¿Es usted Johan Stonefield?

—Sí. ¿Y usted?

—Soy Peter Stone, de la «Space Patrol».

El hombre hizo un gesto hacia la puerta.

—Tenga la amabilidad de pasar.

Lo hizo Peter, y momentos más tarde estaban ambos sentados en el interior de la casa, en un saloncito cuyos muebles mostraban una limpieza somera, sin detalle, como la que un hombre es capaz de hacer en sus ratos perdidos, cuando éstos no son muy frecuentes.

Johan preguntó:

—¿Quiere beber algo?

—No —repuso el policía—. Muchas gracias, prefiero fumar.

El otro aceptó el cigarrillo que Stone le tendía. Y cuando lo hubieron encendido, preguntó:

—Usted dirá en qué puedo servirle.

—No he venido nada más que a visitarle y decirle que, por el momento, no hemos conseguido nada.

—¿Conseguido nada? ¿En qué?

—En la detención de los hombres que causaron la muerte de su esposa.

Una triste sonrisa asomó a los trémulos labios del hombre,

—¿Todavía siguen ustedes empeñados en eso?

—¡Naturalmente!

—No sé... no sé...

Stone se amoscó.

—¿Es que no desea usted que se castigue a los culpables?

El otro tardó unos segundos en contestar, como sí reflexionase profundamente sobre aquello.

—Lo he olvidado todo —dijo por fin.

¿Era posible?

Stone lo hubiese creído, ya que había conocido otros casos semejantes en los que el dolor llega a alcanzar una intensidad tal que anestesia los sentimientos y hace olvidar muchas cosas, como si un mecanismo de seguridad funcionase en los cerebros humanos, impidiendo que la desesperación, al alcanzar un nivel demasiado grande, hiciese desembocar el alma en la locura.

Pero los ojos de Johan desmentían decididamente lo que sus labios acababan de decir. Había en aquellas palabras un brillo que era como la demostración de una energía que ardiese allí dentro, consumiéndolo todo, presta a incendiar cualquier cosa.

—Nosotros no podemos olvidarlo —replicó Stone—. Es nuestra misión y hemos de cumplirla.

—Lo comprendo.

—También comprenderá lo necesario que sería que usted me proporcionase cualquier recuerdo que pudiera ser un indicio que nos guiase en este enojoso asunto.

Stonefield se encogió de hombros.

—¿Qué podría yo decirle, señor?

—Algo sobre los hombres que visitaron a su esposa.

—No los vi. Sólo hablé con uno de ellos por teléfono, y sería incapaz de recordar la voz que tenía.

—Entiendo. ¿Y el doctor?

—¿Crosman?

—Sí. Usted habló con él, lo conoció personalmente. ¿No podría darme ningún detalle?

—Creo que no. Su descripción no le sería de ninguna utilidad.

—¿Por qué cree usted eso?

—Porque, como usted, sé que esos canallas habrán cambiado su aspecto físico, en las manos de cualquier cirujano.

«Esos canallas,»

Había puesto en aquellas palabras un acento feroz que no estaba en consonancia con la pasividad que intentaba demostrar.

Y como si hablase consigo mismo, prosiguió diciendo:

—Es curioso que ustedes, los policías, cuenten con medios tan pobres para la identificación de Sos criminales. Ahora mismo, señor Stone, se encuentra usted con los brazos atados ante un problema de identificación que, estoy seguro, aunque no me importa ya, no podrá resolver.

—No es que nuestros medios de identificación sean pobres — repuso el policía, con un tono un tanto agrio, picado por el inesperado ataque del otro—. Lo que ocurre» señor Stonefield, es que en este caso no tenemos base alguna de investigación, ni orientación de ninguna clase. Sí hubiéramos conocido a uno de esos hombres, si hubiéramos tenido constancia de nuestros archivos...

La risita irónica de Johan Se interrumpió.

—Ya comprendo, señor Stone, fotografías, huellas dactilares..., lo de siempre.

—¿Es que conoce usted alguna manera de identificación más precisa?

—¿Yo? ¡Ninguna, amigo mío! ¡No soy policía! Pero lamento, de verdad, las limitaciones que han de soportar ustedes.

—No le comprendo.

—Verá. Pongamos, por ejemplo, los medios de identificación de los animales. Un perro, por ejemplo, será capaz de reconocer a un hombre por el olfato, sin necesidad de consultar ningún archivo.

—Es verdad.

—Y así podría ponerle muy buenísimos ejemplos. Sí, amigo mío; los animales están dotados de poderes que, bien aprovechados, podrían servir de efectiva ayuda a organismos como la «Space Patrol».

—Perdone que le diga que todo eso es fantasía.

El otro asintió con la cabeza.

—Es muy posible, señor Stone; es muy posible.

Peter se había levantado, molesto, sin saber exactamente por qué, sintiendo que había algo en aquel hombre que no encuadraba con lo que aparentaba sentir.

Salieron de la casa. Y fue al pasar por el sendero cuando Stone, señalando la casita de plástico, preguntó:

—¿Qué es eso, señor Stonefield?

El otro sonrió complacido.

—Mi violín de Ingres, mi «hobbie»... Son insectos que traje de mis viajes por el espacio.

—¡Curioso!

—¿Quiere usted verlos?

—Se lo agradecería mucho.

—Venga.

Le precedió, deteniéndose ante una de las ventanas de plástico transparente —el resto de los muros lo era de traslúcido—, dejando que el jefe de la «Space Patrol» echase una mirada a las minúsculas y multicolores formas que bullían en el interior de las cajas.

—¡Son distintos a nuestros insectos!

—Sí. Distintos y mucho más hermosos.

Sin volverse y sin cambiar el tono de su voz, Stone preguntó:

—¿Poseen estos animales alguna de esas propiedades de identificación de las que hablábamos antes, señor Stonefield?

El reflejo del rostro del otro, sobre la superficie de la pared de plástico

permitió a Stone darse cuenta del cambio que se había operado en la expresión de Johan.

Sus ojos adquirieron un brillo de una mayor intensidad que de costumbre, lo que les hizo parecer relampagueantes. Y una sonrisa entreabrió con amplitud sus labios.

Dijo con voz divertida:

—¡Que preguntas las suyas, amigo mío! ¿Me ha tomado usted acaso por un experto entomólogo? Yo no soy más que un pobre aficionado, sin estudios de ninguna clase. Y, si me dedico a cuidar estos bichitos, es porque no tengo otra cosa que hacer… sino desear matar los pocos recuerdos que viven aún en mi espíritu de hombre vencido.

Tampoco convencieron aquellas palabras a Peter Stone.

Pero ¿qué podía hacer?

Miró a los animalitos, preguntándose si no estaba allí una gran parte de la solución del problema, al menos en lo que concernía a Johan y sus deseos de justicia.

—¡Nunca había visto mosquitos de aquel tamaño y de un color azul tan hermoso! —exclamó de repente, señalando a los animales que acababa de descubrir en una de las cajas.

—Yo tampoco…

Se volvió hacia el hombre, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no traje mosquitos de aquel lejano planeta.

—¿Entonces?

—Es lo que estoy estudiando ahora.

—¿Y no ha llegado a ninguna conclusión?

—Sí y no. Verá, señor Stone. Puse, por casualidad, unos huevos de escarabajo en un nido de mariposas. Vi que ésta pinchaba, con su trompa a los huevos, como si supiese que no pertenecían a su especie. Y cuando las larvas se desarrollaron… aparecieron esos hermosos mosquitos que está usted viendo.

—¡Debe ser maravilloso tener tiempo para estudiar cosas tan interesantes!

—Tiene usted razón... Yo, por suerte, tengo muchísimo tiempo, todo el tiempo necesario...

¿Había amenaza en aquellas palabras o sólo eran la expresión de un pobre hombre que había perdido todo aliciente en la vida?

¡Cuánto le hubiese gustado a Stone contestar exactamente!

Y cuando estuvieron junto a la puerta del jardín dijo:

—Le agradezco mucho su amabilidad al dedicarme un poco de su tiempo, señor Stonefield.

—Yo también le agradezco lo que ha hecho y hace por descubrir a esos hombres... aunque no logrará nada.

—Me extraña esa manera de afirmar, amigo mío.

—No quiero ofenderle, señor Stone, ni menos, a la «Space Patrol» que usted dirige y que tantos y tantos criminales ha capturado. Pero, en este caso, como ya hemos hablado antes, carecen ustedes de los medios adecuados..., y crea que lo lamento, en cierto modo.

Eran palabras sibilinas, expresiones oscuras en las que Peter se perdía por completo.

Incluso cuando se acercaba a la «Space Patrol», conduciendo su coche, seguían sonando en sus oídos las palabras de Johan Stonefield. Y también seguía convencido de que no expresaban el modo de pensar de un hombre al que poco importa ya la venganza.

No, de ninguna manera.

Allí había «gato encerrado».

CAPÍTULO VII

Cerca del mediodía se levantó John Ward, todavía con la lengua

pastosa, resto de los excesos de la noche anterior. Colocándose la bata sobre los hombros y encendiendo un cigarrillo, salió a la terraza de su residencia, echando una ojeada a los rascacielos que, a lo lejos, ponían la nota acostumbrada de flechas que apuntaban hacia lo alto, como dirigidas al espacio infinito desde el corazón de Manhattan.

Ward miró hacia aquella parte de la ciudad, sintiendo que él era uno de los personajes más importantes y que, en aquel mismo instante, las prensas de los grandes rotativos y los locutores de radio y televisión escribirían o dirían algo de él.

«Oliver Treman» era siempre noticia.

Luego, volviendo la espalda al espléndido panorama, se dirigió de nuevo a su espaciosa habitación, pensando que debía organizar un nuevo combate, preparando a un muchacho al que quería hacer, fuera como fuera, campeón del mundo.

Fue hacia el lavabo.

Y fue entonces, al tomar el jabón, con idea de empezar, como siempre, lavándose las manos —ya que no tenía ganas de ducharse por el momento—, cuando se dio cuenta de que le faltaba un dedo.

El anular de la mano izquierda, exactamente.

Un escalofrío de terror le dejó como paralizado, mirando la mano y defendiéndose desesperadamente contra algo que no creía posible, que no podía serlo y a lo que, de una manera rotunda, se negaba a dar crédito.

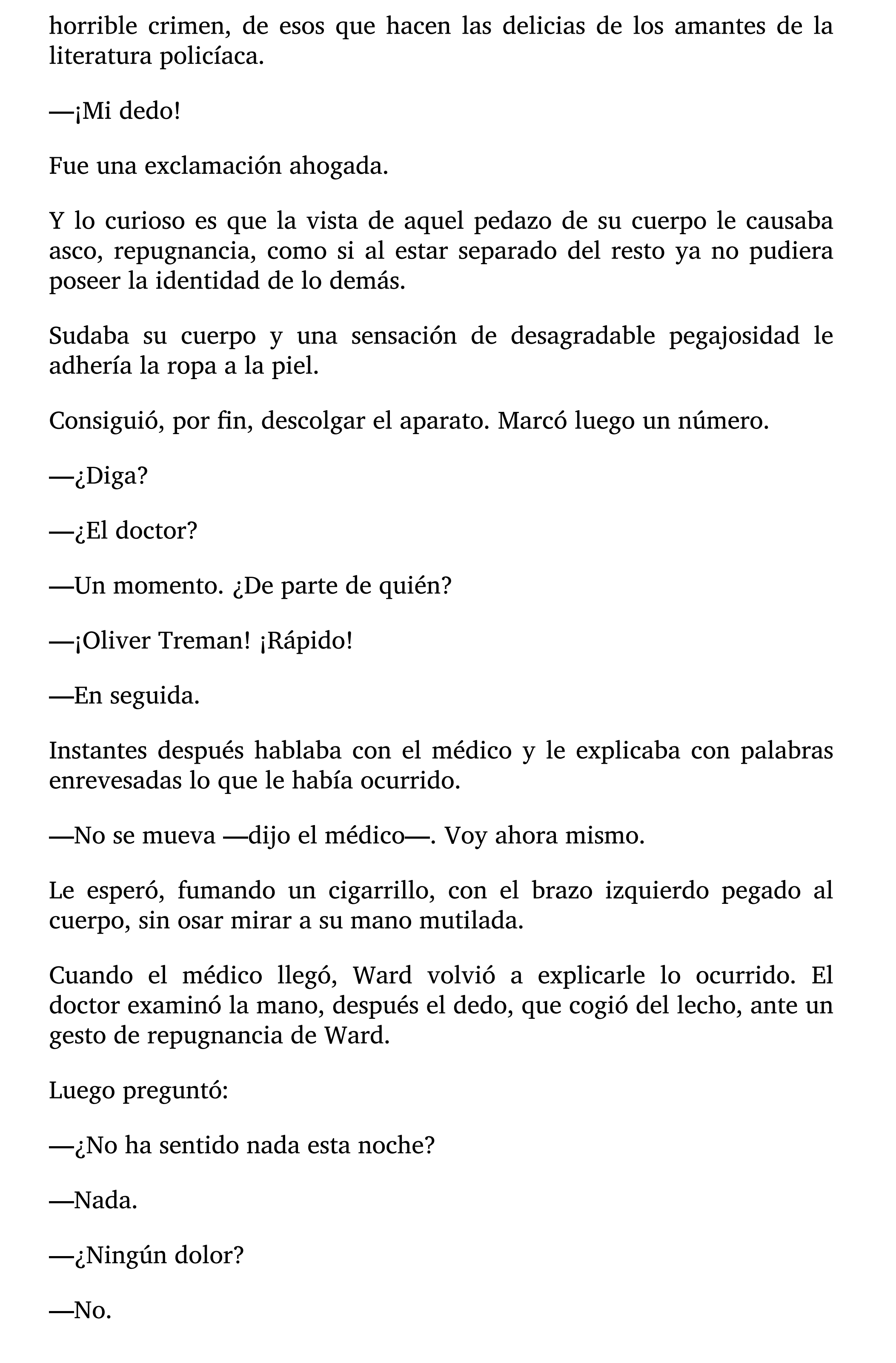
Observando con mayor cuidado, vio que era como si se lo hubiesen arrancado de cuajo, ya que en lo que debiera ser dedo quedaba un colgajo, sonrosado y fresco, sin la menor huella de infección.

Tardó mucho tiempo en percatarse de lo horrible de su tragedia, de entrar en brutal contacto con la realidad.

Loco de pánico, corrió hacia su habitación, precipitándose sobre el aparato telefónico.

Entonces lo vio.

El dedo estaba allí, destacando sobre la inmaculada blancura de las finas sábanas de hilo, como una muestra grotesca, como algo que producía estremecimientos y que hacía pensar en los restos de un



horrible crimen, de esos que hacen las delicias de los amantes de la literatura policíaca.

—¡Mi dedo!

Fue una exclamación ahogada.

Y lo curioso es que la vista de aquel pedazo de su cuerpo le causaba asco, repugnancia, como si al estar separado del resto ya no pudiera poseer la identidad de lo demás.

Sudaba su cuerpo y una sensación de desagradable pegajosidad le adhería la ropa a la piel.

Consiguió, por fin, descolgar el aparato. Marcó luego un número.

—¿Diga?

—¿El doctor?

—Un momento. ¿De parte de quién?

—¡Oliver Treman! ¡Rápido!

—En seguida.

Instantes después hablaba con el médico y le explicaba con palabras enrevesadas lo que le había ocurrido.

—No se mueva —dijo el médico—. Voy ahora mismo.

Le esperó, fumando un cigarrillo, con el brazo izquierdo pegado al cuerpo, sin osar mirar a su mano mutilada.

Cuando el médico llegó, Ward volvió a explicarle lo ocurrido. El doctor examinó la mano, después el dedo, que cogió del lecho, ante un gesto de repugnancia de Ward.

Luego preguntó:

—¿No ha sentido nada esta noche?

—Nada.

—¿Ningún dolor?

—No.

Hubo una pausa; luego, el galeno preguntó:

—¿Estuvo alguna vez en Marte?

—Nunca.

—Bien.

—¿Por qué me lo pregunta?

Percatándose de la angustia en la voz de su paciente, el médico sonrió.

—No se preocupe; esto no es nada.

Pero la pregunta intentaba responder a la posibilidad de que Ward hubiese contraído la terrible lepra marciana, contra la que los medicamentos que vencían la lepra terrestre, no servían para nada.

—He de llevarme el dedo. Pase esta tarde por mi despacho y haremos un tratamiento.

—¿Cree usted que es grave, doctor?

—No lo sé, pero creo que no.

Ward pasó el resto de la mañana en su casa, sin salir de su habitación, en la que se hizo servir el desayuno y el almuerzo. Después, ordenando que le preparasen un coche, fue a la consulta del doctor, donde apenas si pudo resistir la corta espera a que estuvo sometido.

Y una vez en el despacho del médico, sin saludar, inquirió, con la ansiedad reflejada en el rostro:

—¿Qué hay, doctor?

—Siéntese, por favor.

Obedeció, pero sus dedos temblaban cuando los apoyó en los brazos del sillón.

Sin embargo, esperó a que el médico hablase.

—Hemos examinado el dedo en el laboratorio…

—¿Y qué? —preguntó ansiosamente.

—No ha caído por ninguna clase de enfermedad.

—¿Entonces?

—El dedo fue cortado.

—¿Eh?

—Sí. Examinando los bordes del extremo inferior; es decir, de la implantación de la falange, se han podido observar las huellas de unas minúsculas sierras o cuchillos, que han desgarrado limpiamente la carne y el hueso.

—¿Y… cómo es posible que yo no haya sentido nada?

—Lo ignoramos aún, ya que se está haciendo el análisis bioquímico del dedo amputado. Si encontramos cualquier sustancia anestésica, ya se lo comunicaremos.

—Pero ¿quién ha podido hacerlo?

—No lo sabemos.

Y como el otro le mirase, con los ojos muy abiertos dijo:

—De todos modos, puede estar tranquilo; no se trata de ninguna enfermedad. Y ahora que recuerdo, ¿da su habitación a un jardín?

—Sí.

—Ponga rejillas metálicas en todas las ventanas y compre un aparato de ondas anti-insectos. Es muy posible que haya algunos en su cuarto.

Ward se estremeció.

—¿Cree usted que algunos insectos hayan podido hacer esto?

—Entra dentro de lo posible, desde luego. Aunque deben ser animales, si lo son, de unas propiedades algo raras.

—Bien.

—Venga dentro de tres días y no se preocupe. En cuanto haya realizado una limpieza sistemática del ambiente que le rodea, no se producirán nuevas mutilaciones.

Decía aquello, pero el doctor estaba mucho más preocupado de lo que aparentaba, ya que no concebía que un insecto fuese capaz de arrancar un dedo sin que el mutilado se percatase de ello.

John salió de la casa del médico hecho un mar de confusiones. Lo que había oído le parecía tan fantástico que no podía creerlo.

Pero de todos modos, curándose en salud, no volvió a su casa, tomando unas habitaciones en uno de los hoteles más importantes de la ciudad. Luego salió, divirtiéndose cuanto pudo, procurando ocultar su mano a sus amigos.

A la mañana siguiente, cuando despertó, le faltaban dos dedos de la mano derecha.

* * *

El hombre, alto y fuerte, se acercó a la verja. Era joven y estaba seguro de sus movimientos, como si poseyese una fuerza interna que le guiase.

Johan se asomó en aquel momento, viéndole llegar y se acercó a la puerta, arrastrando los pies.

—¿Diga?

—¿Vive aquí el señor Stonefield?

—Sí, soy yo. Y usted, ¿quién es?

—Leí su anuncio en la prensa de Nueva York.

-¡Ah!

Y después de examinar al desconocido, invitó:

—Pase, por favor.

Le precedió, guiándole hacia la casa. Y una vez dentro, cuando se hubieron acomodado, preguntó:

—¿Es usted detective particular?

El otro se limitó a sacar su licencia, que Johan examinó con detalle, devolviéndosela después.

—Bien. Mi precio será el suyo, pero el trabajo que quiero

encomendarle es difícil.

—Estoy acostumbrado a los casos difíciles.

—Mejor. Lo que yo deseo es que viaje usted, de un lado para otro, a la caza de ciertas noticias.

—¿Qué noticias?

—Unas que pueden parecerle muy extrañas. Sencillamente, usted debe comunicarme los casos de enfermedades desconocidas que se presenten, se produzcan donde se produzcan.

—No comprendo.

—Es fácil. Yo quiero saber cuándo se presentan males desconocidos para los médicos de la Tierra. Y esos casos pueden presentarse en cualquier parte del mundo. Debe usted arreglárselas como pueda.

—Ya comprendo. Abriré los ojos y los oídos, al mismo tiempo que leo, además de la prensa corriente, todas las publicaciones científicas que se publiquen.

—Eso es. El plan que usted siga, me importa un bledo. Pero puedo darle algunos detalles sobre el número de casos que se presentarán.

—Eso puede ayudarme en mi labor.

—Así lo espero.

Y después de un breve silencio, Johan dijo:

—Se presentarán tres casos, todos ellos en personas muy ricas de lo más alto de la sociedad.

—Bien. ¿Dice que sólo tres casos?

—Eso es.

—¿Y qué debo hacer cuando los descubra?

—Comunicármelo.

—¿Sólo?

—Si. Me llama, o me escribe, lo antes posible, diciéndome las señas y los nombres de esos hombres.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Cuánto me costará eso?

—Cien dólares al día, como gastos generales; viajes aparte, naturalmente. Y diez mil cuando todo haya terminado.

Johan se encogió de hombros.

—Le daré diez mil por cada nombre y dirección.

Los ojos del detective brillaron.

—¡Magnífica oferta! Voy a ponerme a trabajar inmediatamente.

—De acuerdo.

Le acompañó hasta la puerta del jardín, donde estrechó su mano, viéndole alejarse por la calle.

Luego, volviendo sobre sus pasos, se dirigió al terrario.

Una sonrisa de satisfacción ornaba sus labios cuando penetró en el interior de su pequeño laboratorio.

Pero su rostro palideció al acercarse a una de las cajas.

¡Los mosquitos azules habían desaparecido!

* * *

Fred se dejó caer en el sillón, frente a su jefe. Luego, con una sonrisa, dijo:

—Creo que esta vez se tardará en solucionar este caso.

—Ya lo sé. ¿Qué hay de nuevo?

—Casi nada. Salvo lo que ha comunicado Ale.

—¿De qué se trata? —preguntó Peter Stone.

—Stonefield ha contratado a un detective particular.

—¿Un detective? ¡Es lo que nos faltaba! Después de la filípica que me echó encima, despreciando los pobres medios de la «Space Patrol», contrata a uno de esos aprendices. ¿Quién es?

—Un tal Georges Brandos, de Nueva York, Ale le sigue.

—¿Dónde ha ido?

—A su despacho, en la Segunda Avenida.

— ¿Y qué hace?

Fred sonrió.

—Se gasta un montón de dinero en periódicos y revistas; sobre todo en revistas de medicina.

—¿Revistas de medicina?

—Eso es, señor.

Peter se rascó la barbilla.

—¡Qué caso, señor! Nunca habíamos tropezado con algo tan extraño. En otras ocasiones, siempre teníamos una pista, un algo, por pequeño que fuese.

—¿Y sus intuiciones?

—Mi cerebro está completamente vacío, Fred. He tenido que ir desechando las ideas que se iban presentando, porque no «casaban» en el rompecabezas. La verdad, la cruda verdad —agregó con un tono de amargura en la voz—, es que sigo tan a ciegas como al principio.

—Pero usted cree que Stonefield oculta algo, ¿verdad?

La luz de los ojos del jefe de la «Space Patrol» se animaron.

—¡Evidente! —exclamó—. ¡De eso no he dudado nunca! Pero ¿de qué se trata? ¿Qué puede hacer un hombre, amargado y rencoroso, como él, a pesar de que intenta demostrar lo contrario? No posee nuestros medios y jamás logrará descubrir a los asesinos de su mujer.

—¿Y ese detective?

—¡Yo qué sé!

—¿No cree que puede ser el comienzo de una pista?

—Lo puede... mas no olvides que hasta que no descubramos su juego, no podremos intervenir. Hay que seguir vigilando al detective e interceptando, sea como sea, todo cuanto comunique a Johan; eso es lo más importante.

Hizo una pausa, encendiendo un cigarrillo. Luego dijo:

—En cuanto a lo de las revistas de medicina, tengo ciertas sospechas, pero son demasiado débiles para tomarlas en consideración.

* * *

Ward se despertó en medio de la noche, con la impresión de que algo horrible le había ocurrido.

¡Hasta temía moverse!

Sin embargo, la angustia, unida a la certeza de algo, le hacía sentirse indeciblemente enfermo, como si estuviese cerca de la muerte.

Toda la espantosa dimensión de su soledad le apareció, de repente, como la peor de las torturas que hubiera podido imaginarse...

¡Estaba solo! ¡Solo con sus riquezas, sus bienes pero en manos de un diabólico poder que se imponía a él, llevándosele el cuerpo a pedazos!

La idea de un castigo, por el crimen cometido hacía ya tanto tiempo, le rondaba, como un fantasma pertinaz que se negase a alejarse, permaneciendo a su lado y dejando que oyese una especie de tétrica, macabra e interminable carcajada.

Hasta entonces, ocho dedos habían desaparecido de sus manos. Y los dos que le quedaban bastaban apenas para que pudiese comer sin ayuda, ya que no deseaba ver a nadie.

Su ausencia en el mundo deportivo había extrañado a todo el mundo; pero, hasta entonces, había logrado cerrar la puerta a la curiosidad de los amigos y a la más peligrosa de la prensa.

Ahora...

¿Cómo era posible que estuviese seguro de que algo terrible le había sucedido aquella noche?

No se movió.

Parecía como si se complaciese en la angustia que le empapaba, como el sudor helado que cubría su cuerpo. -

Hasta que no pudo más.

Saltó del lecho y corrió hacia el cuarto de baño, cuyas luces encendió, plantándose ante el espejo, dispuesto a saber la verdad.

¡La verdad!

Allí estaba, en su rostro, del que faltaba la nariz y que le daba el aspecto monstruoso de un paciente con un cáncer maligno en la cara.

Lanzó un alarido de espanto y cayó sin conocimiento.

CAPÍTULO VIII

Procedentes del Japón, se inclinaron ceremoniosamente al penetrar en la lujosa habitación de Harold Budds, que ahora se llamaba Charles Hunter.

Eran dos médicos de Tokio, dos especialistas de renombre universal, que habían acudido en helibús a la llamada de un hombre tan importante como aquél, que ahora les miraba desde su lecho.

Harold preguntó:

—¿Qué es lo que tengo?

Sonrieron, y uno de ellos, acercándose, lo tranquilizó.

—No se preocupe excesivamente, por favor. Hay que tener la mente reposada...

Le desnudaron, observándole atentamente. Los ágiles dedos de los japoneses palparon y sus* aparatos auscultaron detenidamente aquel

cuerpo. Aquel enorme cuerpo.

Después se sentaron, junto al lecho. Y el que había hablado y que parecía ser quien llevaba la voz cantante dijo:

—Vamos, señor Hunter. Cuénteme cómo empezó esto.

Harold se estremeció al recordarlo; pero, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Fue hace una semana. Después de bañarme, me miré al espejo, pareciéndome que había engordado exageradamente. Además, al lavarme, noté que mi piel era distinta y que mis dedos se hundían en la carne, que se había hecho blanda...

—Siga, por favor.

—Me pesé, comprobando entonces que había aumentado muchos kilos.

—¿Cuántos?

—Treinta.

—¿Qué pesaba usted... normalmente?

—Ochenta u ochenta y dos; alrededor de esa cifra.

—¿Y ahora?

—No lo sé —tenía la frente empapada de sudor—, pero la última vez pesaba ciento ochenta.

—Lo que significa cien kilos, ¿en cuánto tiempo?

—Una semana.

Se miraron los dos médicos.

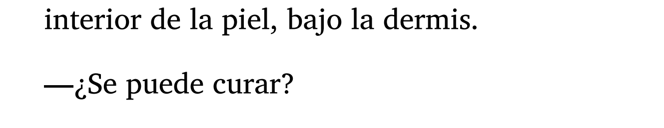
Y Harold, aterrado, inquirió:

—¿Es grave...?

Hubo un silencio.

Después, el japonés dijo:

—No, no lo creo. Mi opinión es que se trata de una ascitis generalizada; es decir, una gran cantidad de líquido seroso en el



interior de la piel, bajo la dermis.

—¿Se puede curar?

—¡Naturalmente!

Los ojos de Harold brillaron con un reflejo colérico.

—¿Qué hacen entonces? ¿Por qué pierden el tiempo? ¿No se dan cuenta de que no puedo moverme y que deseo ser el de antes? ¡Les pagaré lo que sea, pero obren inmediatamente!

—Bien. Haremos una punción abdominal y sacaremos todo el líquido.

—¡Rápido!

Trabajaron, durante cerca de dos horas, extrayendo del cuerpo de Budds una extraordinaria cantidad de líquido. El paciente perdió peso, y tras la administración de algunos tónicos cardíacos, para evitar los efectos del «shock», Harold pudo levantarse. Abandonó el lecho, contento como jamás lo había estado.

—Quédense hoy, y mañana pondré a su disposición un helibús para que los lleve a Tokio. ¡Diviértanse todo lo que quieran! ¡Se lo han merecido!

¡Qué gozo el poseer una fortuna como la suya y una importancia como la que había adquirido!

Sólo así podía permitirse, si fuera necesario, el convocar en su isla a todos los médicos importantes de la Tierra.

Pasó el día yendo de un lado para otro, comprobando la magnífica marcha de sus negocios, satisfecho de sí mismo.

Cenó con los doctores, a los que deseó un feliz viaje.

Se acostó.

La noche fue tranquila para él, a pesar de que algunas pesadillas cortaron el curso normal del sueño.

Pero, al despertarse…

—¿Qué me ocurre?

No tardó en darse cuenta.

Aterrado, llamó a todos los timbres, reuniendo en su habitación la solícita y numerosa servidumbre que tenía a sus órdenes.

—¡Llamen a los médicos! ¡Ahora mismo!

Tuvieron que ir a la terraza y hacerlos bajar del helibús, en el que ya se disponían a regresar a su ciudad.

Y cuando entraron en la habitación, no pudieron evitar, a pesar de la fama oriental de la serenidad de expresión, una exclamación de asombro.

—¡Oh!

—¡Ah!

Y era para asombrarse.

El cuerpo de Harold se había dilatado monstruosamente, aumentando de volumen exageradamente.

Le pesaron, antes de hacer la punción.

Y la aguja de la balanza subió a trescientos quince kilos.

* * *

—¡Ormond!

Ormond Archer, en el interior del laboratorio, se estremeció, soltando el aparato que tenía en las manos.

Luego, temblando, se volvió, sabiendo que era su hermana quien le había gritado de aquel modo, utilizando su nombre «de antes», cosa que no había hecho nunca hasta entonces.

—¡Ormond! ¿Es que vas a contestarme o no?

Había un algo raro en su voz, algo que no reconocía Archer, como si el tono hubiera cambiado, haciéndose más ronco aún.

—¡Voy!

Abandonó el asiento giratorio en el que estaba sentado, corriendo casi por el pasillo, entre las estanterías repletas de aparatos.

Hasta que llegó a la puerta.

Estaba abierta y…

Archer tragó saliva, con visible dificultad.

Porque, bajo el dintel de la puerta no veía más que las piernas y parte del cuerpo de su hermana, hasta la cintura. El resto era invisible, ya que la puerta era demasiado pequeña para que la totalidad cupiése.

¿Qué había pasado?

Archer salió temblando, pegándose a la pared y alejándose un poco para poder contemplarla por entero.

¡Era inconcebible!

Debía medir cerca de tres metros, y su cuerpo, había sufrido una transformación general, de modo que, a pesar de la fealdad de la muchacha, la armonía de formas se había conservado.

Ella le miraba «desde arriba», con ojos brillantes.

—¿No te ríes? —inquirió.

—¿Yo? —se asustó él.

—¡Sí! ¡Me he levantado así! ¿Qué te parece?

—Yo… —balbució el otro.

—¡Has de hacer algo! ¡En seguida! ¡Quiero que llames a los mejores especialistas del mundo! ¡Deseo ser como antes! ¿No te das cuenta?

Y empezó a sollozar, de una manera que al hombre le parecían rugidos.

Consiguió calmarla, rogándole que se sentase allí mismo. Luego corrió a su despacho y se puso en comunicación con varias celebridades del continente, que prometieron presentarse en su casa lo antes posible.

Y cuando empezaron a llegar, por todos los medios concebibles, él los fue conduciendo al pasillo, donde sentada en el suelo, como un grotesco Gulliver en el país de los pigmeos, miraba a aquellos

hombrecillos, que hubieron de utilizar medios extraordinarios para reconocerla.

El diagnóstico fue definitivo:

«Acromegalia de origen hipofisario» —dijeron.

Ella no quiso saber nada de sus extrañas palabras, pidiendo que la curasen, cosa que, asustados, todos prometieron.

Después, lejos de allí, en el despacho de Ormond, confesaban:

—Lo lamentamos, señor Webb (aquél era su nuevo nombre), pero su hermana no tiene cura.

El se quedó anonadado, como si algo horrible, el cuerpo de su hermana, hubiese caído de golpe sobre él.

Los médicos se fueron y se quedó solo.

Durante mucho tiempo, temblando de miedo, permaneció allí, preguntándose cómo podía haberle sucedido tal cosa, cuando todo le iba a las mil maravillas.

Luego, paso a paso y sin dejar de temblar, presa de sudores fríos, fue al laboratorio, donde su hermana seguía sentada en el suelo.

—¿Qué te han dicho?

—Que te curarás.

—¿Cuándo?

—Será un poco largo.

—¡Imbécil!

—Pero...

Se había puesto en pie, teniendo que inclinar la cabeza para no chocar contra el techo; después, alargando uno de sus gigantescos brazos, se apoderó de Ormond. Y lo subió, por los aires, hasta colocárselo delante del rostro.

—¡Escucha, renacuajo! ¡Tienes que hacer que me curen! ¡Gasta tu miserable dinero, si es preciso hasta el último céntimo! ¿Entiendes?

—Sí... sí... lo haré.—¡Ay de ti si no lo haces! ¡Te desharé entre mis brazos, te reduciré a papilla!

—¡Lo haré! ¡Lo haré!

—Y no creas que voy a dejarte escapar. Desde ahora mismo, estaremos juntos aquí. Harás que traigan la comida y colchones y mantas para dormir. Y, desde aquí, llamaras por teléfono, buscando médicos, todos los que sean necesarios, hasta que encontremos uno con el suficiente seso para curarme... ¿Te has enterado?

—Sí... haré lo que quieras.

Ella le soltó, dejándolo caer, al suelo.

Y Archer, dolorido, empezó a llorar...

* * *

Las tres noticias estaban en inglés. Una de ellas se había publicado. En «The Lancet», de Londres.

Comunica el doctor Oearson que ha estudiado un caso de acromegalia por probable tumor de hipófisis en la persona de la hermana del célebre fabricante de televisores...

La segunda procedía de una revista japonesa, la «Tokio Therapeutic»:

Los doctores Osina y Nayusami han presentado, recientemente, a esta Academia de Medicina un curioso caso de ascitis, de etiología desconocida, descubierta en el cuerpo del conocido hombre de negocios turísticos...

Y la tercera, publicada en la «American Medecine»:

... prosiguen las discusiones acerca de un caso de mutilación espontánea, descubierta por el profesor... y padecida por el célebre empresario de boxeo de la ciudad de Nueva York...

El detective sonrió.

Había leído mucho, muchísimo, en las últimas semanas, llegando a desesperarse casi por completo. Pero ahora, antes los tres recortes, se

sentía feliz, dichoso de haber encontrado lo que tan afanosamente buscaba.

Aquella misma tarde salió de su apartamento, tomando el helibús que le condujo al Espaciodromo de La Guardia, donde compró un billete para el Pacífico.

Ale Curtice, el agente de la «Space Patrol», hizo lo mismo.

* * *

—La Justicia —decía Stone, dirigiéndose a Fred Donner— debe ser comprendida antes de ser sentida. Ya sabes la idea personal que tengo de un delincuente.

Sobre la mesa del despacho del jefe de la «Space Patrol» había algunas cuartillas con dibujos raros, lo que demostraba que había estado pensando y distrayéndose al mismo tiempo.

—Un hombre delinque —prosiguió Peter— cuando se opone al orden establecido, enfrentándose con la Justicia. ¿Hace lo mismo un hombre que intenta hacer justicia?

—Indudablemente —repuso el joven.

—¿Y si esa justicia fuese incapaz, por el camino de la legalidad, de dar satisfacción a ese hombre?

—Tampoco lo lograría él.

Stone sonrió.

Después, llevando la conversación a donde le interesaba, preguntó:

—¿Qué noticias hay de Ale?

—Ninguna, por el momento. Debe estar en vuelo hacia el Pacífico, como comunicó antes de marchar.

—El asunto empieza a orientarse, amigo mío.

—¿Usted cree?

—Sí.

—Pues yo sigo sin comprender una sola palabra.

—Es posible.

Y después de una pausa larga, dijo:

—Has de acostumbrarte a ver, en los problemas que se presentan, lo que podíamos llamar «reacción al absurdo».

—¿Qué es eso?

—La más interesante fuente de razonamiento que se puede ofrecer a un policía. Por ejemplo, en el caso que nos interesa ahora, no hay más que valores negativos; los culpables han desaparecido, Stonefield se muestra extraño y paradójico, huye de la policía y de su ayuda, contratando un detective particular; éste, poseyendo unos datos, vuela ya hacia el Pacífico, sin haber comunicado nada a su cliente. En fin, como ves, todos los datos son negativos, valores que, aparentemente, no expresan nada; pero que, sin embargo, indican una especie de movimiento, un algo especial que va orientándose, poco a poco, como si las absurdas acciones de los personajes de este drama fueran ligándose, ofreciendo una lógica especial, quizá nada común, pero lógica al fin.

—¡Que me maten si entiendo algo!

—Deja que siga. Tú estás acostumbrado a examinar los asuntos desde el punto de vista clásico; algo así: un hombre regresa del espacio, después de una vida de trabajo, de esfuerzo y de ahorro. Quiere vivir feliz al lado de la esposa que ama.

—Es natural.

—Perfectamente. Luego, siguiendo el curso de los acontecimientos, ese pobre hombre, lleno de ilusión, llega a su casa donde le espera lo imprevisto: su mujer ha enloquecido y desea escapar de aquella finca que tanto sudor le costó. Un doctor, que ha llamado un comprador, que resulta ser un bandido como el mismo médico, le dice que ha de cambiar de ambiente. Y el hombre, cegado por el dolor vende su propiedad y se aleja de ella, sin saber que todo ha sido «montado» para explotar la riqueza en «torkonio» de aquellas tierras. Lo lógico era encontrar a los criminales, que causaron la muerte de la pobre señora Stonefield y llevarlos a la cámara electrónica.

—¿Y no es eso lo que hacemos?

—Sí. Pero ahora resulta que empezamos a sospechar que el buen señor Johan Stonefield prefiere hacerse la justicia por sí mismo. Todavía no sabemos cómo, pero pronto tendremos respuesta a esas preguntas y conoceremos al fin, la identidad bajo la que se han ocultado, todo este tiempo, los culpables.

—¿De veras?

—Sí. Pero una vez cojamos a los culpables, si es que podemos cogerlos vivos, cosa de la que empiezo a dudar seriamente, ¿qué harías tú?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo obrarías hacia Johan Stonefield? ¿Considerarías que ha obrado bien o lo meterías en la cárcel, acusándole de cuatro asesinatos en las personas de los que mataron a su esposa y le robaron su propiedad?

Fred le miró perplejo. Luego confesó:

—No lo sé, francamente. Pero he de decir, aunque sea una barbaridad, que ese hombre, intentando vengar a su esposa, me resulta simpático.

Stone sonrió.

—A mí también me resulta simpático. Y su juego es limpio, cosa que presumo.

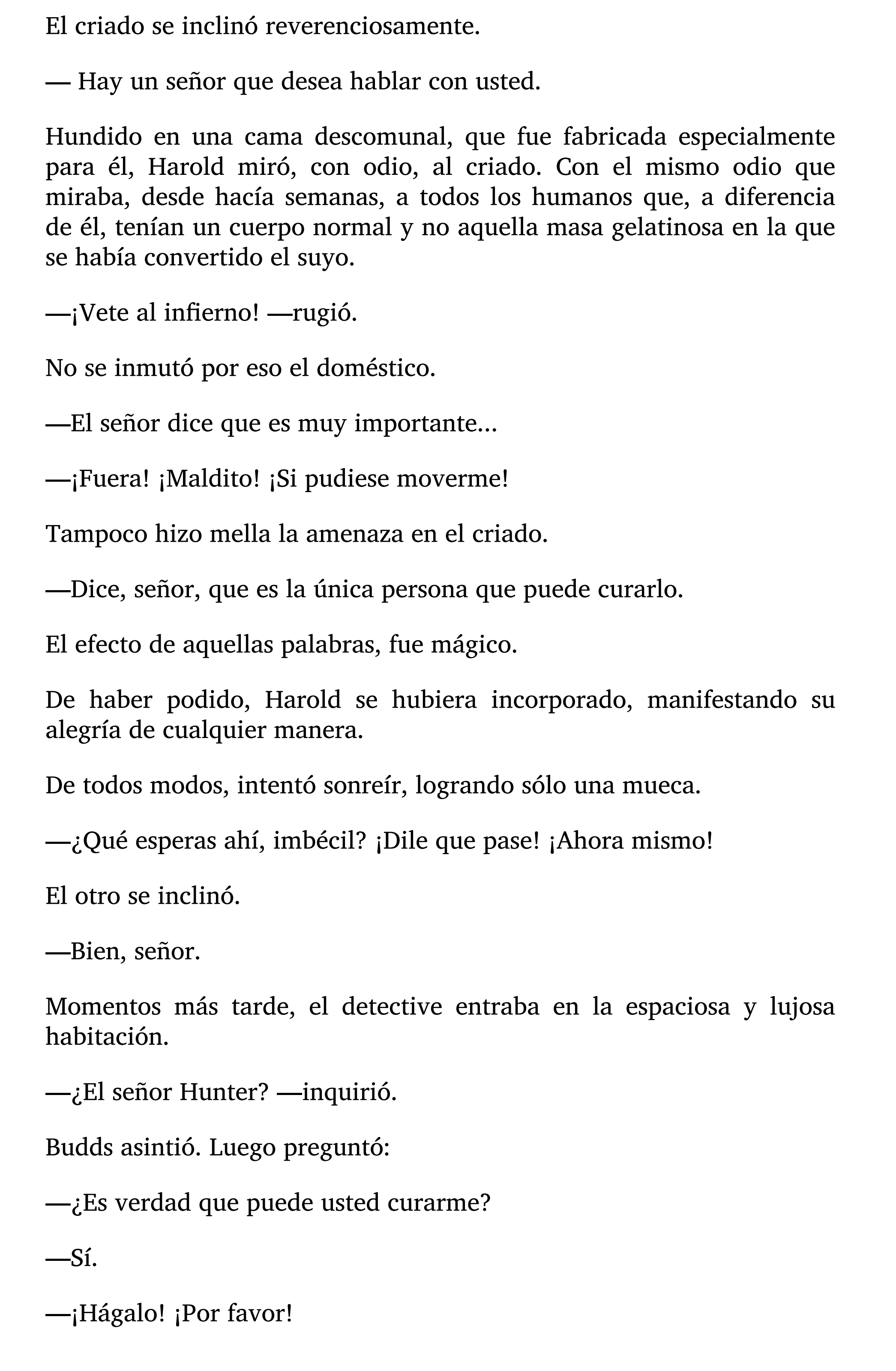
—¿Entonces?

—Creo que obraremos bien demostrando su inocencia y dejando que termine su vida en paz; ésa es la solución clásica del problema.

-¿Y la otra?

—El tiempo dirá —se limitó a decir Stone.

CAPÍTULO IX



El criado se inclinó reverenciosamente.

— Hay un señor que desea hablar con usted.

Hundido en una cama descomunal, que fue fabricada especialmente para él, Harold miró, con odio, al criado. Con el mismo odio que miraba, desde hacía semanas, a todos los humanos que, a diferencia de él, tenían un cuerpo normal y no aquella masa gelatinosa en la que se había convertido el suyo.

—¡Vete al infierno! —rugió.

No se inmutó por eso el doméstico.

—El señor dice que es muy importante…

—¡Fuera! ¡Maldito! ¡Si pudiese moverme!

Tampoco hizo mella la amenaza en el criado.

—Dice, señor, que es la única persona que puede curarlo.

El efecto de aquellas palabras, fue mágico.

De haber podido, Harold se hubiera incorporado, manifestando su alegría de cualquier manera.

De todos modos, intentó sonreír, logrando sólo una mueca.

—¿Qué esperas ahí, imbécil? ¡Dile que pase! ¡Ahora mismo!

El otro se inclinó.

—Bien, señor.

Momentos más tarde, el detective entraba en la espaciosa y lujosa habitación.

—¿El señor Hunter? —inquirió.

Budds asintió. Luego preguntó:

—¿Es verdad que puede usted curarme?

—Sí.

—¡Hágalo! ¡Por favor!

—Lo haré; pero ¿no cree que deberíamos hablar un poco de precio?

—¡Eso no tiene importancia! ¡Pagaré lo que sea!

Y como el otro no hiciese comentario alguno, inquirió:

—¿Cuánto quiere?

Todo.

Los gruesos labios de Budds temblaron un poco. Durante un par de minutos su mirada perdió brillo.

Pero, después, con una voz apenas audible, dijo:

—Bien. Le daré todo. Prefiero ser como antes a estar así, con riquezas que no me sirven para nada.

—Me parece una magnífica idea —la voz del visitante estaba cargada de ironía — . Pero tendremos que hacer una escritura, en regla.

—¡Llame a uno de mis notarios! ¡Aprisa!

Todo se hizo bien, con firmas y demás. Y cuando el documento estuvo preparado, el otro dijo, sacando un frasco:

—Aquí tiene. Tome esto y mañana estará como nuevo.

—¿Cómo? ¿Es que va usted a irse... con la escritura?

El otro sonrió.

Y guardándose el frasco, amenazó:

—Si no le conviene el trato...

Aterrado, el obeso extendió uno de sus monstruosos brazos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Llévese la escritura, pero déme ese frasco! ¡Ahora mismo!

El detective obedeció.

Veinte minutos más tarde volaba, en un poderoso reactor, hacia París.

* * *

Ormond estaba medio loco.

Desde hacia cerca de un mes no salía de aquel laboratorio; es decir, del pasillo, en donde su gigantesca hermana no hacía más que torturarle, golpeándole sin cesar, vengándose en él de su incomprensible desgracia.

No quedaba, del ya raquítico cuerpo del electrónico, más que un poco de arrugado pellejo, que cubría a duras penas los huesos.

Parecía un esqueleto.

La muerte le parecía una liberación, al lado de la tortura constante que su despiadada hermana le imponía. Y, por otra parte, aunque había llegado a pensar en matarla, su sola presencia le aterraba, ya que la muchacha, que ya de por sí era fuerte y de complexión robusta y masculinoide, se había convertido en un forzudo gigantón, capaz de aplastar la cabeza de su hermano entre sus manos, con el mismo esfuerzo que hubiese significado para él, abrir una simple nuez.

Por eso, aquella mañana, cuando le telefonearon diciendo que poseían los medios radicales para curar en veinticuatro horas a su hermana, aceptó la cita, corriendo al pasillo donde la mujer estaba eternamente sentada.

—¡Vienen a curarte!

Ella le miró con desprecio. Luego espetó:

—¿Otro engaño de los tuyos? Seguro que se trata de otro de esos médicos, incapaces de hacer nada.

—Me han dicho que este remedio es seguro.

—¡Ojalá sea verdad! Y me agradaría que lo fuese, sobre todo por ti.

—¿Por mí?

—Sí. Porque ya no sé cómo me resisto. ¡No puedes imaginarte las ganas que tengo de retorcerte el pescuezo! ¡Gusano!

Ormond retrocedió, temblando.

—Pero ¿qué mal te he hecho yo?

—Todo. Lo que me ocurre es un castigo por lo que hiciste a aquella mujer… ¡y que ha caído sobre mí, en vez de hacerlo sobre ti, que eres el culpable!

—¡Estás loca!

—Es posible; pero ya puedes ir rezando para que ese charlatán, al que has citado, no sea como los otros…

Ormond pasó una mañana horrible. Y sólo suspiró cuando aquel hombre, con una sonrisa en los labios, apareció en el umbral.

Tampoco, bajo la mirada de su hermana, que lanzaba chispas, tardó mucho en decidirse a firmar el documento que el otro llevaba preparado y por el que cedía todos sus bienes al desconocido.

¿Qué le importaba?

Prefería vivir pobre, como antes a tener que soportar la presencia de aquella monstruosa mujer, a la que ya no reconocía como hermana.

Ella se bebió el frasco de un solo trago.

* * *

Le costó cerca de seis horas hacer que Johan se decidiese a recibirlo, en la habitación de su residencia de Nueva York, donde se había encerrado sin más ayuda que la de un fiel criado que cocinaba y lavaba para él.

Por fin, cuando penetró en aquella estancia, no pudo evitar un gesto de repugnancia al ver el rostro comido de John Ward, en el que sólo los ojos permanecían intactos.

Lo demás no era más que una llaga horrible.

—¿Qué desea? ¿Es verdad que puede curarme? ¡No lo creo!

—Hace mal. Yo le aseguro que mañana estará usted completamente bien.

—Sigo sin creerlo.

—Entonces, señor Treman, no tengo más que retirarme. Buenos días.

—¡Un momento!

Se leía la ansiedad, la impaciencia y la esperanza en el rostro alucinante de aquel hombre.

—¿Cómo me curará?

El otro sacó un frasco del bolsillo de su gabardina.

—Con esto.

—¿Qué he de hacer?

—Beber su contenido, al llegar la noche. -¿Y qué ocurrirá?

—¿Cómo puedo creerlo? ¿No se da cuenta que es imposible que mis dedos y la carne que me falta, vuelvan a crecer?

—Yo afirmo que lo curaré, pero si no le interesa…

—¡Sí! ¡Me interesa!

Y después de una pausa, mirándole con aquellos ojos que parecían brillar en medio de una alucinante pulpa rojiza...

—¿Por qué hace esto?

—Por dinero.

El otro le miraba intensamente.

—¿No nos hemos visto nunca? — inquirió de repente. El otro se estremeció.

—No, no lo creo.

Ward se encogió de hombros.

—¿Cuánto? —inquirió.

—Todo.

De haber podido, John Ward hubiese sonreído.

—Lo suponía. ¿Trae un documento?

—Sí.

—Démelo. Lo firmaré.

Acababa de salir el desconocido, cuando Ward abrió el frasco que el otro le había entregado, bebiendose su contenido con ansia.

* * *

¡Sed!

¡Sed! ¡Sed! ¡Sed!

No era la palabra sola, sino el sentido profundo de cada letra, que había cobrado un significado trágico para él.

—Otro vaso, por favor.

El barman le miraba, con asombro. Porque en su larga vida profesional, era la primera vez que veía a alguien beber como

Estaba como cuando entró: sereno de pies a cabeza.

Sin embargo, sobre el mostrador, se alineaban las botellas de whisky, de cerveza y champán que el hombre había vaciado una tras otra.

Dieciocho en total.

Por su parte, el detective sentía un fuego constante en sus entrañas. Y ya había perdido casi por completo la esperanza de que cualquier líquido pudiese calmar aquella sed espantosa.

¡Sed!

¿Podría haber algo más horrible, sobre todo en aquellos momentos, cuando se sentía completamente feliz?

Era como una ironía cruel y despiadada del destino.

¡Sed!

Abandonó el local. Y se fue a otro, después a otro, luego a otro...

Cansado de beber, con una sensación de terrible angustia en todo el

cuerpo, pero sin que la horrible sed se calmase, regresó a su domicilio.

Se tendió en el lecho.

¿Qué podría haberle pasado?

Durante los viajes que había realizado en las últimas semanas había estado tranquilo, sin perder nunca el control de los nervios, dominándolos en todo momento.

Porque sospechaba que aquella sed era de origen nervioso.

Claro que otra persona cualquiera, hubiera perdido la razón al apoderarse, en pocos días de la colosal fortuna que poseía ahora.

Pero él…

Sonrió, haciendo un esfuerzo por lograrlo.

El no.

Estaba acostumbrado a todo aquello y tenía una sangré fría a prueba de emociones.

¿Entonces?

No se lo explicaba.

Fue en aquel momento, al moverse en el lecho, tendiendo la mano para apoderarse de la botella de agua que tenía sobre la mesilla de noche, cuando lo vio.

Se había posado sobre la botella y su lindo cuerpecillo azul brillaba, con raras irisaciones, por la luz que entraba por la ventana.

Se estremeció hasta lo más hondo.

¿Cómo era posible?

Contempló el insecto, sintiendo que toda su sangre fría se fundía, ya que comprendía perfectamente lo que aquello significaba.

Y tendiendo la mano, en un rápido gesto, cazó a la bestia, aplastándola en su mano y desmenuzándola después, entre sus dedos, hasta convertirla en un montoncillo de polvo, que se quedó adherido a su piel.

—¡Maldito! —rugió, poniéndose en pie y saltando del lecho—. ¡Maldito! ¡De qué estúpida manera me has cazado! ¡Sé lo que me espera, pero tú no vivirás para reírte de mí!

Abrió el cajón de su mesilla de noche, sacó una pistola y comprobó que el cargador estaba completo de proyectiles. Puso luego una bala en la recámara y saltó, abandonando furiosamente su domicilio.

Un coche le condujo hacia la pista que llevaba hacia Washington.

E impaciente, instó al chófer para que corriese más.

—¡Aprisa! —exclamó con furia—. ¡Le pagaré el doble si corre!

El otro, encogiéndose de hombros, apretó el acelerador.

* * *

En aquel preciso instante, el teléfono, sobre el despacho de Stone repiqueteó con insistencia.

Peter descolgó, mirando a Fred, que estaba sentado frente a él, al otro lado de la mesa.

—¿Diga?

—Aquí Ale Curtice, señor.

—¿Y bien?

—El detective acaba de tomar un coche, al que sigo, a distancia.

—¿Hacia Washington?

—Sí.

—Lo esperaba. Síguele.

—¿Nada más?

—No, por ahora.

Colgó el jefe de la «Space Patrol». Y sonriendo a Fred, dijo:

—Estamos llegando a la última fase, muchacho.

—¿Algo nuevo?

—Nuestro flamante detective sigue haciendo turismo.

—¿Dónde va ahora?

—Ya lo has oído; a Washington. Es su última etapa. El telón va a bajar dentro de unos momentos.

—¿Qué cree usted que va a hacer en Washington?

—Va a ver a Johan Stonefield.

—¿Para qué?

—Para matarlo.

—¿Eh? Usted dijo hace poco que no contaba con esa visita.

—Sí. Pero es que me había dejado llevar, por un instante, por esa célebre manera clásica de ver las cosas. Lo que ahora ocurre nos demuestra lo contrario; lo absurdo y lo negativo siguen reinando.

—¿Y no vamos a evitar esa muerte? Peter sonrió.

—¿Tú que crees?

—Yo ya no sé qué decir, aunque me gustaría impedirlo. Stone se puso en pie.

—Eso es lo que vamos a hacer, muchacho. ¡Vamos! ¡Llegaremos antes que él!

CAPÍTULO X

Cuando el taxi que le conducía se detuvo en las proximidades de la verja descolorida, con manchas verdes, el hombre saltó a tierra.

—¿He de esperarle?

—No. Tome.

Era mucho más de lo que había prometido, y el chófer sonrió, dando por bien empleado el peligro a la multa al que se había expuesto.

Exclamó:

¡Gracias, señor!

El otro no contestó.

Con la mano en el bolsillo de la gabardina, apretando con fuerza la culata de la pistola, salvó la distancia que le separaba de la verja, la abrió y penetró en el jardín desierto.

No pudo evitar una mirada de odio hacia la casita de plástico; pero, movido por la rabia y sintiendo que la sed volvía a atacarle, penetró en la casa, cuya puerta estaba entreabierta.

Acababa de entrar, cuando unos sólidos brazos le sujetaron, desarmándole antes de que pudiera hacer algo por evitarlo.

—¿Eh? —inquirió.

—¡Adelante! —le dijo el joven que ahora empuñaba su pistola.

Obedeció.

Al entrar en el salón, no pudo evitar un movimiento hacia adelante, con una expresión de odio en el rostro, al ver a Johan.

—¡Maldito!

Luego miró al hombre que, sentado, le miraba también.

—¡Siéntese y cállese! —ordenó aquel hombre.

Pero casi en seguida, mirando a Stone, pidió:

—¡Denme de beber! ¡Por piedad!

—¡Hazlo, Fred!

El agente fue en busca de una botella que el otro consumió a una velocidad asombrosa.

Johan sonreía.

Al verlo, Peter lo miró severamente.

—Le divierte su obra, ¿eh, Stonefield?

—No puedo evitarlo.

—Puede estar contento, todos los obstáculos han desaparecido.

—¿Obstáculos?

—También podemos llamarlos, enemigos.

—Me gusta más esa palabra. Porque es lo que son; enemigos, pero no solamente míos, sino de la sociedad, de usted, que representa la Ley y el Orden.

—Es verdad.

—¡Son unos asesinos!

Intervino Fred, asombrado.

—¿También el detective?

—Sí — repuso Stone.

Y como su agente le mirase, con los ojos desmesuradamente abiertos:

—Escucha, muchacho. Es una historia muy interesante; quizá la más interesante que hayas oído jamás.

—Escucho.

—Ya conoces el principio clásico; un hombre, todo sacrificio, ahorrando para construir un refugio con el nombre poético de «Retorno». Una esposa cariñosa y cuatro granujas.

—Sí.

—El marido encuentra loca a la mujer, que ha sido visitada por unos compradores de la finca, que ella, naturalmente, se niega a vender, a pesar del precio que le ofrecen. ¿No es así?

—Sí.

—La mujer ha sido intoxicada cruel e implacablemente, condenándola a una horrible locura... que debía conducirla, de forma irremediable a

la muerte.

Hizo una pausa; después continuó:

—El hombre, Johan Stonefield, debió experimentar un dolor horrible. Y cuando pensó que nosotros, la policía, seríamos incapaces de encontrar a los criminales, como era cierto, pensó obrar a su manera, haciendo justicia. ¿Es así, amigo mío?

Johan asintió.

—Es verdad.

—Para ello —prosiguió Peter Stone—, nuestro amigo Stonefield contaba con unos auxiliares maravillosos, algo que conocía bien, porque lo había estudiado durante años, descubriendo cosas en las que no se hubiera jamás atrevido a pensar. Pero creo que es mejor que él mismo se explique sobre algo que conoce como nadie.

Sumamente complacido, Johan sonrió. Después dijo:

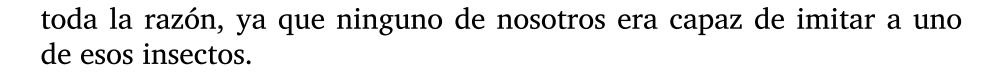
—Los insectos que encontré en aquel pequeño planeta del Sistema «O-micrón», como pude ver en seguida, poseían unas facultades maravillosas. Eran, en principio, capaces de encontrar a cualquier ser que hubiera estado en contacto con una materia orgánica, viva o muerta. Pero, además de aquello, los insectos eran, en realidad, portadores de horribles enfermedades que el hombre no había conocido jamás, y ante las cuales, las de la Tierra parecían cosa de broma. Había una clase de hormigas que podían amputar cualquier cosa, destrozando un cuerpo vivo sin que el paciente sintiese nada, ya que al cortar segregaban una sustancia anestésica de gran potencia y efectos largos, prolongados y generales, lo que hacía inexistente el dolor. Unos escarabajos producían un desequilibrio hídrico en el cuerpo, haciendo que éste se hinchase hasta cuadruplicar su volumen.

Johan seguía sonriendo.

—Y también había unas lindas mariposas capaces, merced a un jugo que llevaban en las glándulas salivales, de hacer que la hipófisis de un ser se modificase hasta producir un gigantismo monstruoso.

Intervino Peter:

—Ya ves, Fred, que nuestro amigo poseía unas armas terribles. Y que cuando me dijo aquí, en esta casa, que los policías no poseíamos, como todos los humanos, medios de identificación perfectos, tenía


toda la razón, ya que ninguno de nosotros era capaz de imitar a uno de esos insectos.

—En efecto —siguió diciendo Stonefield—: la hormiga llegó hasta Nueva York, atacando a uno de esos bandidos. El escarabajo atravesó él mar hasta conseguir llegar a una isla del Pacífico yendo en un barco que le llevó hasta allí, la mariposa fue a París, por un medio semejante.

—¿Y cómo se guiaron?

—Por el instinto; quizás el olfato o algún órgano desconocido para nosotros.

—¿Y cómo es que no se equivocaron, yendo, por ejemplo, todos hacia un mismo sitio?

—Son selectivos. Cuando murió mi esposa, llevé a tres insectos a su habitación. Y ellos supieron encontrar en su cuerpo las esencias de los hombres que le habían dado la mano.

—¿No estaban también las esencias de usted?

—Sí, pero las mías les eran familiares, por eso no me atacaron.

—Comprendo.

—Una vez orientados respecto a un hombre cada uno, los eché fuera, y ellos, o sus descendientes, llegaron hasta los objetivos que les había marcado, destruyendo a los tres criminales.

—Pero ¿no había cuatro?

Intervino Peter:

—Esa es la segunda parte, Fred. Atacados por males horribles, los culpables, excepto uno de ellos, que sufrió también, ya que fue su hermana la que se convirtió en un gigante, quedaba uno, es verdad… Ya que habían sido castigados tres: Harold Budds, el jefe de la banda, John Ward y Ormond Archer.

—¿Y el otro?

—¿El doctor Crosman?

—Aquí está —dijo Stone, señalando al detective..

Este gruñó, pidiendo después más agua, que Fred se apresuró a servirle.

Luego, Peter Stone dijo:

—Cuando obtuvieron la fabulosa cantidad que lograron por la venta de la finca, se la repartieron, equitativamente, separándose. Pero antes, ése, el doctor, cambió el rostro de los otros.

—¿Y él?

—Se lo hizo cambiar, con la ventaja de poder conocer a sus antiguos amigos, mientras éstos no podrían identificarle a él…

—John estuvo a punto de hacerlo —gruñó el doctor.

Después, el jefe de la «Space Patrol» dijo:

—Crosman salió de la Tierra, pasando una temporada de viaje de placer por los planetas. Gastaba mucho y era el único que no se había preocupado por su fortuna. Así, cuando menos lo esperaba, se dio cuenta de que los viajes, las diversiones y sobre todo el juego habían mermado bastante lo que le tocó en el reparto. Por eso volvió. No le fue nada difícil encontrar a Johan, justo en el momento en que éste pedía un detective particular para enterarse si sus insectos habían cumplido su terrible cometido.

—¿Fue por eso?

—Sí. Pero antes hay que decirte otra cosa.

—¿Qué?

—Johan estaba preocupado por no tener más que tres especies de insectos, lo que limitaba su venganza a tres de los cuatro culpables.

—¿Es que no podía mandar otros de las mismas especies en su busca?

—No. Parece ser que cada especie cumple un solo cometido, de forma que los que hay ahora en el terrario son completamente inofensivos.

—¡Ah!

—Preocupado y furioso, logró, merced a un cambio de huevos en el nido de una mariposa, donde colocó larvas de coleóptero, obtener unos famosos mosquitos de color azul.

—¡Canalla! —rugió Crosman,

—¡Silencio! —ordenó Peter. Y tras aquella interrupción continuó—: Lo malo era que el cadáver de su esposa estaba ya enterrado y no podía hacer que los mosquitos «captasen» las esencias del cuarto ladrón.

—¿Cómo lo hizo entonces?

—Cogió la ropa de la señora Stonefield, que había guardado, e hizo que los mosquitos se paseasen sobre ella.

—¿Consiguió algo?

—Nada. Cada vez que echaba fuera a los animales, éstos volvían a la caja. Pero entonces, como una de esas casualidades que no pueden comprenderse, llegó el falso detective. Y cuando se fue, Johan se percató de que los mosquitos habían desaparecido.

—¡Vaya!

—Lo que demostraba la personalidad verdadera del falso investigador privado.

—No necesitaba Johan más prueba que aquélla para saber que sus insectos habían cumplido con su deber. Y se quedó tranquilo, satisfecho, sabiendo que se había hecho, por fin, justicia.

Y volviéndose hacia el hombre, preguntó:

—¿Satisfecho, amigo mío?

—Por completo.

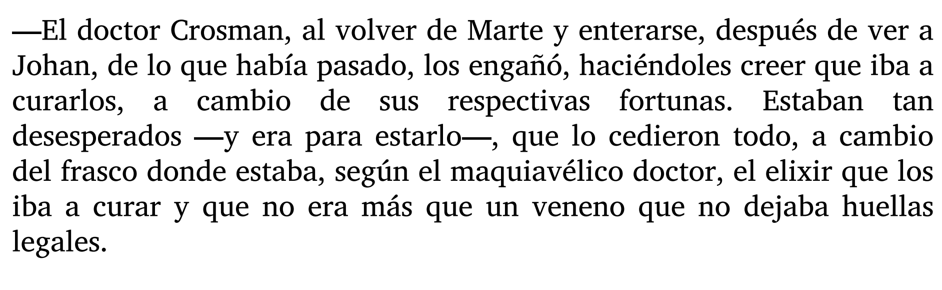
—Sabe usted, de todos modos, que la Ley castiga al que se toma la justicia por su mano. ¿Lo sabe?

—Sí, pero estoy seguro de que usted intervendrá, ya que ha comprendido lo que me ha movido a hacer todo esto.

—¡Claro que lo comprendo! —y después de una larga pausa, dijo — : ¡ Fíjese si lo comprendo, que lo único que lamento es que mis hombres no hayan detenido más que a Ormond Archer y al doctor Crosman, aquí presente!

—¿Y los otros? —inquirió Fred.

—Han muerto.—¿Eh?



—El doctor Crosman, al volver de Marte y enterarse, después de ver a Johan, de lo que había pasado, los engañó, haciéndoles creer que iba a curarlos, a cambio de sus respectivas fortunas. Estaban tan desesperados —y era para estarlo—, que lo cedieron todo, a cambio del frasco donde estaba, según el maquiavélico doctor, el elixir que los iba a curar y que no era más que un veneno que no dejaba huellas legales.

—¡Caramba!

—Naturalmente, Archer escapó, ya que quien murió, fue su gigantesca hermana. Pero no le ha servido de nada, ya que está a buen recaudo.

Fred sonrió.

—¡Asunto terminado!

Pero Stone, bruscamente serio, dijo:

—No, queda algo; lo más importante.

—¿El qué?

—Formular una nueva acusación.

—¿Sobre quién?

—¡Sobre Johan Stonefield!

—¿Eh? ¿Es que no va usted a perdonar...?

—Yo lo perdonaría todo... excepto el crimen. Y él sabe muy bien que es tan culpable como los otros.

—Pero...

—Escucha, Fred. Johan formaba parte de la banda y nunca, óyelo bien, se preocupó de su mujer, que, inmensamente rica, fue la que compró la finca, viéndose obligada a enviar dinero a su marido, a pesar de lo que éste ganaba.

—¡Es asombroso!

—Pero cierto, Johan y los otros cuatro trabajaban juntos, en el tráfico espacial, siendo ellos los intermediarios que, desde la Tierra, enviaban la materia a las naves de servicio extra-Sistema, donde se hallaba su cómplice. Fue una verdadera casualidad que los granujas de acá

descubriesen la existencia del «torkonio» en la finca de su amigo.

Fred preguntó:

¿Y por qué mataron a la esposa de éste?

—Porque, como todos los bienes, el «Retorno» estaba a nombre de ella, y él no podía disponer de nada hasta la muerte o la incapacitación. Por eso hicieron que se volviese loca.

—¡Es tremendo!

—Una vez aquí, después de hacerse una fama de santo por ahí, pero no logrando engañar a nadie, sobre todo a su sucesor, con el que hablé detenidamente, Johan hizo la comedia, repartiéndose los beneficios con sus compañeros. Pero él, una vez solo, condenado como estaba a guardar las apariencias, pensó que los otros le habían engañado, ya que él, que era el único propietario después de la muerte de Alida, tenía que vivir mal mientras ellos se daban una vida principesca. Johan es un resentido y un sádico. Así, pensando que sus insectos darían a los otros su merecido, ya que no podía resistir la envidia que le comía, hizo lo que ya sabes.

—¡Nunca hubiera creído que fuese culpable!

—Es lo que te dije respecto a los valores negativos.

—Es verdad.

—Si piensas un poco, verás que no «encajaba» bien este personaje que Johan deseaba encarnar. Desde un principio, su afán de aparecer como un pobre fracasado sonaba a falso.

—Es verdad.

—Además, ¿qué marido habría llegado a su casa, encontrándose a un médico extraño y hubiera admitido lo que éste le decía, siguiendo sus instrucciones al pie de la letra?

—¡Ahora lo veo claro!

—De no estar de acuerdo, no habría obedecido tan ciegamente y se hubiera resistido a creer todo lo que el otro le decía. Lo normal, era haber hecho que otros médicos visitasen a su esposa, y, por otra parte, no se precipitase a vender una casa que, en realidad… no le pertenecía.

Los ojos de Johan brillaban, coléricos.

—¡Muy listo, Stone! ¡Pero a no ser por mis insectos, jamás hubiese sabido nada!

Peter sonrió.

—Es verdad —dijo —. Pero ha de pensar que fue su espíritu de venganza, el que lo perdió. Los insectos, es cierto, me han dado una lección de identificación, en el difícil arte de seguir una pista, pero elfos le han dado a usted una lección aún más fuerte.

—¿Cuál?

—Que el espíritu de venganza no conduce a nada bueno.

—¡Bah! Yo he conseguido lo que quería; destruir a los otros. ¡Miren a ése!

En efecto, Crosman sufría lo indecible.

Johan dijo:

—¡Se muere de sed! ¡No durará mucho!

Parecía como si sus palabras fueran Ley, ya que el falso doctor estaba muerto.

—¡Ja, ja, ja!

Fred dio un puñetazo a aquel monstruo, haciéndole callar.

Y Peter, mirándole fijamente, dijo:

—Tú también pagarás, maldito. La cámara te hará morir

de una manera que, de cualquier modo, te hará reflexionar en los últimos instantes.

Luego, dirigiéndose a Fred, ordenó:

—¡Ponle las esposas!

Y cuando salían de la habitación, dirigiéndose a su agente, dijo:

—No pongas esa cara, Fred. También me equivocó a mí, al principio. Creí que obraba noblemente, empujado por el ansia normal de vengar

a su esposa. Pero mi piedad terminó, en cuanto me percaté claramente de que su juego era sucio.

FIN